

BOLSILIBROS
BRUGUERA

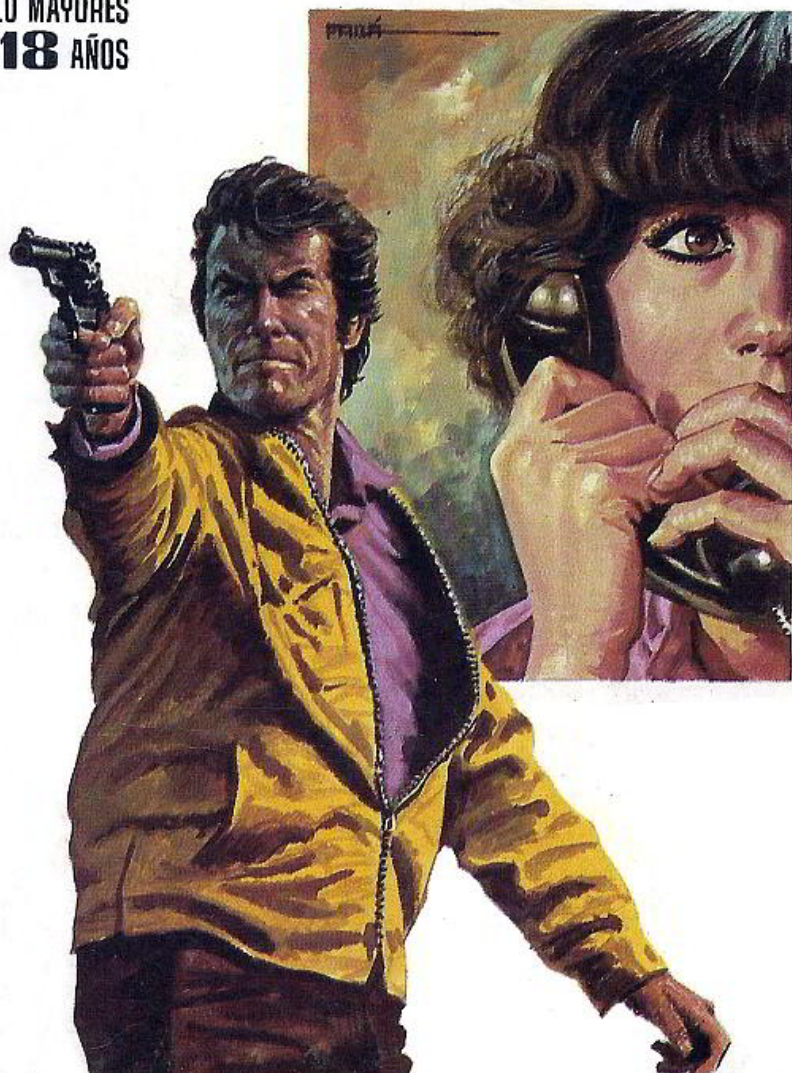
SERVICIO
SECRETO

Ss

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

LA FORMULA KG-202

*Joseph
Berná*



Mientras la paciente se vestía, al otro lado del biombo, Richard Butler cogió su talonario de recetas y empezó a escribir con su bolígrafo de oro, regalo de un enfermo que ya tenía encargado su ataúd.

Y lo hubiera ocupado muy pronto, de no ser por el doctor Butler, quien supo diagnosticar y combatir eficazmente la grave dolencia que padecía, salvándole la vida.

El enfermo, agradecido, le obsequió aquel precioso bolígrafo de oro, además de abonarle sus honorarios.

Richard Butler era un médico joven, pues sólo tenía treinta y dos años, pero ya había dado sobradas muestras de su inteligencia, solucionando casos realmente difíciles.



Joseph Berna

La fórmula KG-202

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1629

ePub r1.0

Lds 12.02.19

Título original: *La fórmula*
KG-202

Joseph Berna, 1981

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Mientras la paciente se vestía, al otro lado del biombo, Richard Butler cogió su talonario de recetas y empezó a escribir con su bolígrafo de oro, regalo de un enfermo que ya tenía encargado su ataúd.

Y lo hubiera ocupado muy pronto, de no ser por el doctor Butler, quien supo diagnosticar y combatir eficazmente la grave dolencia que padecía, salvándole la vida.

El enfermo, agradecido, le obsequió aquel precioso bolígrafo de oro, además de abonarle sus honorarios.

Richard Butler era un médico joven, pues sólo tenía treinta y dos años, pero ya había dado sobradas muestras de su inteligencia, solucionando casos realmente difíciles.

Nada tenía de extraño, pues, que cada día acudiesen nuevos pacientes a su consultorio, atraídos por esa fama de excelente médico que se estaba ganando con todo merecimiento.

En una ciudad tan grande como Nueva York había, lógicamente, cientos de médicos, muchos de ellos de reconocido prestigio, y resultaba muy difícil abrirse camino en la profesión.

Pese a ello, Richard Butler no dudó en montarse su propio consultorio, gastando todo el dinero que tenía... y aún más. Y lo gastó porque confiaba en sus posibilidades.

No se había equivocado, desde luego.

Tenía ya casi más pacientes de los que podía atender, y por las noches, cuando llegaba a su casa, se encontraba realmente cansado.

Cansado... pero feliz, porque amaba como nadie su profesión, y cuantos más pacientes atendía, más satisfecho se sentía.

Aquella jornada estaba siendo una de las más duras.

Desde las nueve de la mañana, hora en que solía salir de casa,

hasta las cuatro de la tarde, había estado visitando pacientes, con sólo media hora de descanso para almorzar, lo cual hacía en el restaurante que le pillaba más cerca en ese momento. Últimamente, no tenía tiempo de ir a su apartamento y prepararse él mismo la comida, cosa que le encantaba hacer.

A las cuatro y diez minutos, hora en que había llegado a su consultorio, empezó a pasar consulta. Y sin perder un solo segundo, porque la sala de espera se encontraba a tope.

Richard Butler había perdido ya la cuenta de los enfermos que había atendido aquella tarde. Sólo sabía que eran casi las ocho. Y que estaba agotado.

Y menos mal que Evelyn Lenox, su joven y eficiente enfermera, le entraba una taza de café bien cargado de vez en cuando, para reanimarle.

Richard Butler acabó de rellenar la receta, la arrancó del talonario, y miró hacia el biombo tras el cual se estaba vistiendo la paciente que había sido reconocida por él minutos antes.

Se trataba de una mujer de mediana edad, metida en carnes.

Richard adivinó que la paciente tenía problemas para meterse dentro de su faja, y no pudo reprimir una sonrisa. Estuvo tentado de decirle si quería que le echase una mano, pero se contuvo. Obviamente, a la señora le sentaría mal.

De pronto, ocurrió lo inesperado.

La paciente, en su forcejeo con la faja, perdió el equilibrio y se precipitó contra el biombo, derribándolo aparatosamente.

—¡Socorro, doctor...! —gritó la gorda, cayendo sobre los bastidores del biombo, con la faja a medio subir.

Richard brincó de su sillón.

—¡Señora Morris! —exclamó, conteniendo la risa a duras penas, pues la escena no podía resultar más cómica.

—¡Ayúdeme, doctor Butler! —pidió la paciente.

—¡Voy en seguida!

—¡No puedo levantarme!

—¡Yo la levantaré, no se preocupe!

—¡Es por culpa de la faja, doctor! ¡Me aprisiona las piernas!

—Tranquila, señora Morris. Páseme este brazo por el cuello... Así, eso es. Ahora, arriba, poco a poco...

—¿No siente complejo de grúa, doctor? —Se le ocurrió

preguntar a la gorda.

Richard no pudo contener la risa, esta vez.

Tampoco pudo evitar que las fuerzas le abandonaran por un instante.

El resultado fue que la paciente se estrelló de nuevo contra los caídos bastidores del biombo.

—¡Ay! —gritó, cuando su voluminoso trasero tomó contacto con los bastidores.

La risa de Richard cesó en el acto.

—¡Lo siento, señora Morris!

—¿Es que no puede usted conmigo, doctor Butler?

—Claro que puedo.

—¿Por qué me dejó caer, entonces?

—Me hizo mucha gracia lo que dijo usted, señora Morris, y al reírme, me quedé sin fuerzas.

—¿Qué fue lo que dije?

—Algo sobre una grúa.

—Oh, sí, ya lo recuerdo... —sonrió la paciente—. ¿De verdad le hizo tanta gracia, doctor?

—Sí, muchísima. Y, para que no vuelva a suceder lo de antes, le ruego que no pronuncie ninguna otra frase divertida, señora Morris. No quiero que se me vuelva a caer.

—Yo tampoco quiero caerme de nuevo, se lo aseguro. Me he dado ya dos buenos trompazos. Y los dos en el mismo sitio: el que utilizo para sentarme. Si llego a tener el trasero de porcelana china, esta tarde me arruinó.

—¡Señora Morris, por favor! —suplicó Richard, riendo—. ¡Mire que no respondo de mí!

—¡Echo la cremallera a mi boca, no se preocupe!

Richard acabó de levantar a la gorda, la cual se sostuvo en pie con gran dificultad, por culpa de la faja.

—¿Por qué no me da un tironcito, doctor? —rogó ella.

—¿A la faja?

—Sí, por favor. Tengo miedo de caerme otra vez.

—La ayudaré con mucho gusto, señora Morris.

—Gracias, doctor Butler. Es usted muy amable.

Con la ayuda de Richard, la paciente logró subirse por fin la faja y ocultar sus grasas superfluas.

—Lo conseguimos, doctor.

—Sí, eso parece —sonrió Richard, recogiendo el biombo y montándolo de nuevo.

—Estoy demasiado gruesa, ¿verdad?

—La causa de sus problemas respiratorios es precisamente ésa, señora Morris. Su exceso de grasa. Hace que su corazón trabaje más de lo debido, y eso le produce fatiga y esa sensación de ahogo de la que antes me habló. Tiene que perder usted de doce a quince kilos, por lo menos.

—¿Tantos...?

—Es preciso, señora Morris.

—¿Va a ponerme a régimen, doctor Butler?

—Sí.

—¿No puede hacerme perder los kilos que me sobran recetándome unas pastillas para adelgazar?

—Ya se las he recetado. Pero un régimen alimenticio sigue siendo necesario, señora Morris, porque si se hincha usted a comer, la acción adelgazante de las pastillas quedará neutralizada y no habremos adelantado nada.

La paciente suspiró, resignada.

—Entiendo, doctor. Supondrá un gran sacrificio para mí llevar un régimen severo, porque me encanta comer. Y los bombones me vuelven loca. De manera especial, los que están rellenos de licor. Con decirle que he pillado varias borracheras...

Richard rió.

—Es usted tremenda, señora Morris.

—¿Lo dice por lo que abulto?

—¡Oh, no!

Ahora fue la gorda la que rió.

—Ya sé que no, doctor. Sólo era una broma.

—Es usted una mujer muy simpática, señora Morris.

—Gracias, doctor. Usted también es un hombre muy simpático. Y muy atento. Y muy guapo...

—Por Dios, señora Morris.

—Es la verdad, doctor Butler. Es usted alto, atlético, atractivo... Un morenazo de categoría, como decimos las mujeres. ¿Cómo es posible que continúe soltero?

—Trabajo tanto, que no tengo tiempo de buscarme novia.

—¿Quiere que se la busque yo?

Richard rió de nuevo.

—Se lo agradezco mucho, señora Morris, pero lo de buscarse novia es algo muy personal.

—Sí, claro —sonrió la paciente, y salió de detrás del biombo, completamente vestida ya.

Richard la cogió suavemente del brazo.

—¿Se encuentra bien, señora Morris?

—Me duele un poco la porcelana china —la gorda se masajeó el trasero con su mano izquierda—, pero se me pasara pronto.

—Usted y su sentido del humor —volvió a reír el médico.

—¿Me da la receta, doctor Butler?

—Sí, en seguida.

Richard se acercó a su mesa, tomó la receté y se la entregó a la paciente, indicando:

—Tiene que tomarse una pastilla cada ocho horas. ¿De acuerdo?

—Muy bien, doctor. ¿Cuándo quiere que vuelva por aquí?

—Dentro de un par de semanas.

—Perfecto. Ahora, dígame lo que le debo.

—Mi enfermera se lo dirá, señora Morris.

—Una chica muy mona, su enfermera.

—Sí, es muy bonita. Pero lo que usted está pensando en este momento no es posible, señora Morris.

—¿Por qué?

—Evelyn tiene novio.

—Qué lástima.

Rieron los dos y luego Richard acompañó a la paciente hasta la puerta, que él mismo abrió.

—Hasta dentro de dos semanas, señora Morris.

—Adiós, doctor Butler.

—Y que no me entere yo de que ha comido un solo bombón. Ni relleno de licor, ni de los otros.

—Descuide —rió la gorda, y salió del despacho médico.

Richard cerró la puerta, fue hacia su mesa y se dejó caer en su sillón.

—Diablos con la señora Morris... —murmuró, sonriendo.

Poco después, la puerta se abrió y Evelyn Lenox entraba en el despacho, taconeando con gracia. Tenía el cabello rojizo, más bien

corto, los ojos verdosos, la nariz pequeña y unos labios llenos y brillantes, sumamente tentadores. El blanco uniforme, muy ceñido, dibujaba muy sugestivamente todas y cada una de sus espléndidas formas de mujer. El gorrito le sentaba muy bien.

—¿Por qué se sonríe, doctor? —preguntó la enfermera, acercándose a la mesa—. ¿Le divierte trabajar sin descanso, desde que sale de casa hasta que regresa?

—Bueno, la verdad es que no me disgusta en absoluto tener tantos pacientes —confesó Richard—. Pero no me sonrío por eso, Evelyn.

—¿Por qué, entonces?

—¿Sabes que tuve que ayudar a la señora Morris a subirse la faja?

—¡No!

—Sí, tuve que hacerlo, porque ella sola no podía. Y se cayó, ¿sabes? Derribó el biombo y ella quedó encima de los bastidores, con las piernas en alto y la faja a medio subir. Lo mío me costó levantarla, porque pesa más que una bala de algodón.

Evelyn Lenox reía ya con ganas.

—¡Qué divertido, doctor Butler!

—Sí, realmente lo fue, Pero ahora estoy más cansado aún que antes de reconocer a la señora Morris.

—Menos mal que era la última paciente de la tarde.

—¿De veras?

—Sí, no quedan más. La sala de espera está completamente vacía.

—Me alegro, Evelyn. Estoy hecho polvo, de verdad.

—Le serviré una taza de café, doctor.

—No, déjalo. Es tarde ya y no quiero que te entretengas más. Tu novio te estará esperando.

—Seguro, Pero, porque espere unos minutos más... Por cierto, ¿sabe lo que me dijo la señora Morris, antes de marcharse, y a media voz, doctor?

—¿Qué te dijo?

—Rompe con tu novio, tonta.

Richard tosió nerviosamente.

—¿Por qué diría eso?

—Es lo que me pregunto yo, doctor. Y también me pregunto otra

cosa. ¿Cómo sabía la señora Morris que yo tengo novio?

—Debe ser adivina.

—A lo mejor es que conoce a Tom.

—No, no lo creo.

—Tom es un buen muchacho. ¿Por qué me aconsejaría la señora Morris que rompa con él?

—Olvidalo, Evelyn.

—Quizá sepa algo de Tom que yo ignoro.

—Seguro que no, Evelyn. Te repito que lo olvides.

—Hablaré con Tom.

—Por favor, Evelyn, hazme caso. No le digas nada a tu novio. Fue una tontería. La señora Morris está un poco chiflada, ¿sabes?

—¿Usted cree?

—No me cabe la menor duda.

La enfermera sonrió.

—De acuerdo, no le diré nada a Tom. Voy a ponerle el café, doctor Butler.

—No, Evelyn. Te lo agradezco, pero no tengo más ganas de café. Cámbiate rápidamente y ve a reunirse con tu novio.

—Como quiera, doctor.

—Yo también me voy a ir en seguida para casa. En cuanto haga un par de anotaciones.

—Hasta mañana, doctor Butler.

—Buenas noches, Evelyn.

La enfermera abandonó el despacho.

Richard hizo las anotaciones.

Después, se levantó, se despojó de su bata de médico y se puso la chaqueta. Tomó su maletín y salió del despacho.

Evelyn Lenox ya se había marchado.

Richard caminó hacia la puerta del consultorio.

Estaba a punto de alcanzarla, cuando alguien hizo sonar el timbre.

Evelyn no podía ser, porque ella tenía una llave para poder abrir el consultorio por las mañanas.

Richard abrió la puerta, descubriendo a una mujer rubia.

Antes de que pudiera decir nada, la mujer se coló en el consultorio y ella misma cerró la puerta, de forma tan rápida como nerviosa.

—¡Necesito su ayuda, doctor Butler! —exclamó, visiblemente asustada.

CAPÍTULO II

Richard Butler se fijó en la mujer.

Era alta, esbelta, hermosa de verdad.

Vestía pantalón claro, muy ajustado, y un blusón estampado. Los zapatos, rojos, eran de alto tacón y dejaban al descubierto sus preciosos deditos, cuyas uñas llevaba pintadas con esmalte verde.

Muy moderna, la chica, a la que Richard concedió unos veinticuatro años de edad. De su hombro derecho pendía un bolso de piel, de color marrón.

—¿Quién es usted? —preguntó Richard, tras su examen visual.

—Me llamo Deborah; Deborah Carson —respondió la rubia.

—Parece usted asustada, Deborah.

—Y lo estoy.

—¿Por qué motivo?

—El corazón, doctor.

—¿Qué le pasa a su corazón?

—Se me desboca sin más ni más.

Richard no puso reprimir una sonrisa.

—Por Dios, Deborah, no hable de su corazón como si fuera un caballo.

—Eso es lo que parece, doctor. Le aseguro que lo oigo galopar dentro de mi pecho. Y usted también lo oirá, si pega su oreja a mi busto. Hágalo, no tenga reparo.

—A ver... —murmuró Richard, y pegó su oído justo encima del seno izquierdo de la chica, cuya firmeza pudo constatar.

Efectivamente, el corazón de Deborah Carson latía muy de prisa y con mucha fuerza. Se diría que la rubia acababa de dar una larga carrera.

—¿Lo oye, doctor Butler? —preguntó ella.

—Sí, perfectamente —respondió Richard, retirando su oído del busto femenino.

—¿Parece o no parece un caballo desbocado?

—Es la impresión que da, tengo que reconocerlo.

—¿Comprende ahora por qué estoy tan asustada? Temo que me falle de pronto y...

—Tranquilícese, no creo que eso suceda. Es usted una mujer joven, Deborah, y su aspecto no puede ser más saludable.

—No se fíe de las apariencias, doctor. Hay manzanas que, por fuera, parecen de lo más sanas, pero cuando se les hince el diente...

—Estoy seguro de que, cuando yo se lo hingue a usted, no encontraré ningún gusano.

Deborah Carson sonrió coquetamente.

—¿De verdad piensa usted morderme, doctor Butler...?

—No, por Dios —rió Richard—. Hablaba en sentido metafórico, y me refería al momento en que empieza a reconocerla.

—Hágalo cuanto antes, por favor.

Richard consultó su reloj digital.

—Son más de las ocho, Deborah... ¿No podría usted volver mañana, a partir de las cuatro? Mi enfermera se ha marchado ya, y yo me disponía a abandonar también el consultorio, cuando usted llamó.

La rubia se mordió los labios.

—Mañana no podré venir, doctor.

—¿Por qué?

—Tengo que viajar a Washington.

—Oh... ¿Y cuándo regresa a Nueva York?

—No podré volver antes de una semana.

—Entiendo.

—Reconózcame, doctor Butler, se lo suplico. Me han hablado muy bien de usted, sé que es un médico excelente. Le pagaré lo que me pida, pero examíneme usted y dígame la causa de los repentinos desbocamientos de mi corazón.

Richard sonrió.

—De acuerdo, la reconoceré. Pero por el mismo precio que a otro paciente cualquiera. No me gusta abusar de la gente.

—Es usted maravilloso, doctor —sonrió también la rubia, y le dio un beso en la mejilla.

—Acompáñeme, Deborah —rogó Richard.

—Adonde usted quiera, doctor —repuso ella, y le siguió.

Richard la llevó a su despacho, cuyas luces encendió de nuevo.

—Quítese la blusa y siéntese en la mesa de exploraciones, Deborah —indicó.

—¿Sólo la blusa, doctor? —preguntó la rubia, con maliciosa sonrisa.

—Por el momento, sí.

—Lo que usted diga.

Deborah Carson dejó su bolso sobre el taburete que había junto a la mesa de exploraciones y se quitó el blusón, dejándolo también sobre el taburete.

Quedó en sujetador.

Un sujetador breve y transparente, terriblemente sugestivo.

Deborah se subió a la alargada mesa y dijo:

—Estoy lista, doctor Butler.

—Voy en seguida —respondió Richard, que estaba terminando de abrocharse su bata de médico.

Después, abrió su maletín y extrajo el fonendoscopio, el cual se puso al cuello, mientras caminaba ya hacia la mesa de exploraciones.

—La encuentro muy tranquila, Deborah —dijo.

—¿De veras, doctor?

—Sí. ¿Qué ha sido de su miedo?

—Lo sigo teniendo, se lo aseguro.

—Pues en estos momentos no se le nota. Tampoco parece preocupada.

—Lo estoy, créame. Y mucho. Aunque sé que estoy en buenas manos. Tal vez por eso no exteriorizo mi preocupación y mi nerviosismo.

—Oigamos de nuevo su corazón —sonrió Richard, y aplico el fonendoscopio sobre el pecho izquierdo de la rubia, pegado a la línea del atrevido sujetador.

Deborah se estremeció y dejó escapar una risita infantil.

Richard la miró.

—¿Qué ocurre?

—Me hace usted cosquillas con su aparatito, doctor.

—¿De veras?

—Sí, por eso me he reído.

—¿Sabe que su corazón ha dejado de galopar?

—Se estará tomando un respiro. No tardará en desbocarse de nuevo, ya verá. Siga auscultándome y lo comprobará.

Richard, tras unos segundos de silencio, durante los cuales miró fijamente a la rubia, preguntó:

—¿A qué está jugando, Deborah?

—¿Cómo?

—A su corazón no le pasa nada, y usted lo sabe.

—¡Se me desboca, doctor! ¡Usted lo oyó galopar, cuando pegó su oído a mi pecho!

—Sí, es cierto que en esos momentos le latía muy de prisa y con fuerza. Pero estoy seguro de que ello se debía a que había subido usted las escaleras corriendo.

—¡Se equivoca, doctor! ¡Las subí muy despacito!

—¿La perseguía alguien, Deborah?

—¡No, nadie!

—¿De qué tenía miedo, entonces?

—¡De mi corazón, ya se lo dije!

—Basta de farsa, Deborah. No me gusta que me tomen el pelo. Si no quiere hablarme de su verdadero problema, póngase la blusa, coja su bolso, y lárguese.

—Por favor, doctor Butler. Yo...

Justo en ese momento, el timbre del consultorio se puso a sonar. Y lo hizo con insistencia.

Evidentemente, la persona que llamaba tenía prisa.

CAPÍTULO III

Deborah Carson respingó sobre la mesa de exploraciones, al tiempo que el color empezaba a huir rápidamente de sus mejillas.

Richard Butler le aplicó de nuevo el fonendoscopio sobre el de semidesnudo y tibio seno.

—Su corazón se ha vuelto a desbocar, Deborah —dijo, con ironía.

Ella no respondió.

Había palidecido intensamente, y volvía a mostrarse nerviosa y asustada.

Esto último era lo que hacía latir su corazón con fuerza y a un ritmo muy superior al normal.

Richard retiró el fonendoscopio.

—Voy a ver quién es.

—¡No! —gritó la rubia, saltando de la mesa y sujetándole del brazo.

—¿No quiere que abra, Deborah?

—¡No por favor!

—¿Por qué?

—¡Son ellos!

Richard entrecerró los ojos.

—¿Quiénes son ellos?

—¡Los hombres que me persiguen!

—Oh, de modo que yo estaba en lo cierto, ¿eh?

—¡Sí, sí!

—¿Cuántos son?

—¡Dos!

—¿Por qué la persiguen, Deborah?

—¡Creen que tengo algo que a ellos les interesa mucho!

—¿Y no lo tiene?

—¡No!

—Pues dígaselo, y dejarán de perseguirla.

—¡No me creerían!

—Permita que la registren y se convencerán.

—¡No serviría de nada! ¡Pensarán que lo he dejado escondido en algún lugar, y me torturarán para obligarme a hablar!

Richard se estremeció.

—¿Torturarla...?

—¡Sí!

—¿Tan salvajes son esos hombres?

—¡De lo más bestias que se pueda usted imaginar, doctor! ¡Los conozco bien, créame!

—En tal caso, lo mejor será llamar a la policía.

—¡No!

—Pero...

—¡La policía no debe intervenir en esto, doctor! —Está usted en peligro, Deborah.

—¡No importa!

—¿Que no le importa que esos hombres la atrapen y la torturen salvajemente...?

—¡Si usted no les abre la puerta, no me atraparán! —¿Es que no oye con qué insistencia llaman? Si no les abro, echarán la puerta abajo.

—¡Tranquílícese, no se atreverán!

—¿Cómo puede estar segura de eso?

—¡Ellos no saben que entré en su consultorio, doctor!

—¿Por qué llaman aquí, entonces?

—¡Me vieron entrar en el portal, y sospechan que me introduje en alguno de los pisos! ¡Pero no saben en cuál!

—Por la forma de llamar, yo diría que sí lo saben.

—¡Si supieran que estoy aquí, habrían llamado mucho antes! ¡Venían pisándome prácticamente los talones! ¡Y yo llevo aquí casi quince minutos!

—Sí, puede que tenga razón. Deben de estar llamando a todos los pisos.

—¡Seguro!

—De todos modos, creo que debo abrirles.

—¡No, doctor, no lo haga!

—No se preocupe, Deborah. Les diré que no está usted aquí y se marcharán.

—¡No, no podrá deshacerse de ellos tan fácilmente! ¡Querrán registrar su consultorio, para asegurarse de que me escondo aquí!

—No lo permitiré.

—¡Le apuntarán con sus pistolas y no podrá negarse!

Richard respingó.

—¿Van armados con pistolas...?

—¡Naturalmente! ¡Y se trata de pistolas automáticas, provistas de silenciador! ¡Te matan con ellas y no se entera nadie!

—¡Insisto en que debemos llamar a la policía, Deborah!

—¡Olvídelo!

—¡Estamos en peligro los dos!

—¡Mientras la puerta siga cerrada, estamos seguros!

—¡Pero es que no dejan de llamar!

—¡Ya se cansarán, no se preocupe! ¡Pensarán que no hay nadie y se largarán!

—¡O forzarán la puerta!

—¡Le dije antes que no se atreverán!

—¡Sí, pero yo tengo mis dudas! Y, por ello... —Richard se separó de la rubia y caminó hacia su mesa.

—¡Doctor Butler! ¿Qué va a hacer?

—Llamar a la policía.

—¡Se lo prohíbo!

—Lo siento, Deborah, pero no puedo hacerle caso. Dos hombres, armados con pistolas automáticas provistas de silenciador, y con fama de ser más bestias que un vikingo borracho, es algo muy serio.

Richard descolgó el auricular y se dispuso a marcar el número de la policía.

Deborah atrapó velozmente su bolso, lo abrió, y extrajo una Luger, con silenciador acoplado al cañón. Apuntó al médico y ordenó:

—¡Cuelgue ese teléfono, doctor Butler!

* * *

Richard Butler quedó paralizado por la sorpresa.

Sólo tenía ojos para la impresionante Luger.

—¡Le he dicho que cuelgue el teléfono, doctor Butler! —repitió Deborah Carson, con una firmeza que asustaba.

Parecía Carmen Jones, pero en blanco.

Eso, al menos, pensó Richard.

Y también pensó otras muchas cosas.

Ninguna le gustó.

—Obedezca, doctor, se lo ruego —pidió la rubia, con voz menos dura.

Richard colgó lentamente el teléfono.

—¿Qué significa esto, Deborah? —musitó.

—No haga preguntas, doctor Butler. No puedo responder a ellas.

—Usted también va armada.

—Así es.

—Y muy bien armada.

Deborah Carson sonrió ligeramente.

—Es cierto, voy muy bien armada. Pero de poco me servirá, si los tipos que me persiguen me descubren. Hay más, doctor. Muchos más. Y yo estoy sola. No puedo luchar contra todos y salir victoriosa. Debo seguir oculta. Mi vida depende de ello. Y algo más importante que mi vida también.

—¿El qué?

—No puedo decírselo, doctor. Y es mejor para usted. Cuanto menos sepa del asunto, menos peligro correrá su vida.

Richard no hizo más preguntas.

El timbre del consultorio hacía ya algunos segundos que había dejado de sonar.

Deborah sonrió.

—¿No se lo dije, doctor? Los tipos se han cansado de llamar y se han largado.

—¿Está segura?

—Claro.

—La vieron entrar en el portal, pero no la han visto salir.

—Pensarán que los he burlado.

—O esperarán en la calle, a que salga.

—Tal vez. Pero, si es así, se hartarán de esperar, porque pienso tardar mucho en salir.

—Por mí, puede quedarse usted todo el tiempo que quiera en mi

consultorio.

—Muchas gracias.

—De nada —rezongó Richard, y se despojó del fonendoscopio y de su bata de médico, atrapando seguidamente su chaqueta.

—¿Qué hace?

—Me estoy poniendo la chaqueta. ¿Es que no lo ve?

—¿Para qué?

—Me marchó, Deborah.

—Oh, no, doctor Butler. Usted se queda conmigo.

—Me encantaría hacerle compañía, se lo aseguro. Pero me es absolutamente imposible. Ha sido una jornada muy dura, y me encuentro realmente cansado. Estoy deseando llegar a casa, cenar un poco y meterme en la cama.

—Lo comprendo, doctor, pero...

—Buenas noches, Deborah. Y suerte. Me temo que la va a necesitar.

—¡Quieto ahí, doctor Butler! —ordenó la rubia, apuntándole de nuevo con su Luger.

Richard, que ya había echado a andar hacia la puerta, con su maletín en la diestra, se detuvo en seco.

—¿Va a dispararme, Deborah?

—No quisiera tener que hacerlo, doctor. Pero si no hay más remedio...

—¿Qué clase de mujer es usted?

—Soy una mujer normal y corriente. Pero estoy en dificultades. Y tengo una gran responsabilidad sobre mí. Como le dije antes, está en juego algo mucho más importante que mi vida. Si esos hombres me atrapan y me hacen hablar...

—Tiene lo que ellos buscan, ¿verdad?

—No, no lo tengo, Pero sé dónde está y pueden obligarme a decírselo. Emplearían conmigo métodos terribles, me harían sufrir horriblemente, y acabaría por hablar, lo sé.

—Lamento todo eso, Deborah. Pero no veo por qué tengo que quedarme con usted toda la noche. ¿Para qué me necesita?

—Para nada.

—¿Por qué no puedo marcharme, entonces?

—Los tipos que me persiguen podrían atraparle y hacerle hablar.

—¿Cómo van a atraparme, si río me conocen?

—En la puerta de su consultorio hay una hermosa placa dorada que reza: RICHARD BUTLER. Doctor en Medicina.

—¿Y qué? Mi fotografía no está en la placa.

—No, ya lo sé —sonrió la rubia—. Pero, si los tipos ven salir del portal a un hombre con un maletín de médico en la mano...

—Oh ya entiendo. Está bien, me iré sin el maletín. Ya vendré mañana por él.

—Olvídelo, doctor. Tiene usted cara de médico, y pueden atraparlo aunque no lleve un maletín. No quiero arriesgarme. Se quedará conmigo todo el tiempo que sea necesario.

—Está empeñada en tener alguien con quien hablar, ¿eh?

—No le obligo a quedarse por eso, y usted lo sabe. Se lo he explicado muy claramente.

Richard soltó un gruñido.

—Está bien, me quedaré. Y deje de apuntarme con ese pistolón, ¿quiere? ¡Me pone nervioso!

Deborah sonrió y bajó el arma.

—Disculpe, doctor.

—¿Por qué no se pone la blusa? —sugirió Richard.

—¿También le produce nerviosismo verme en sujetador? —La sonrisa de la rubia se tornó picarona.

—En absoluto. Re reconocido a cientos de mujeres jóvenes y atractivas, en sujetador y sin él. Estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas.

—¿Y no le gustan?

—¡Claro que me gustan!

Deborah Carson rió.

—Está bien, doctor, no se excite. Me pongo la blusa en seguida.

CAPÍTULO IV

El Chevrolet negro se hallaba estacionado a unos quince pasos del portal del edificio escogido por Deborah Carson para intentar burlar a los hombres que la perseguían.

Sentado al volante, un tipo grandote fumaba un cigarro barato.

En el asiento trasero, otro hombre, menos corpulento y de aspecto más distinguido, fumaba un cigarro caro.

Bueno, más que fumarlo, lo estaba destrozando con sus dientes, porque no paraba de morderlo, dominado por los nervios.

—Dino y Rudy están tardando demasiado, Buck —masculló el sujeto de aspecto elegante.

—Tranquilícese, jefe. Atraparán a la chica —aseguró el tipo grandote, mucho más tranquilo.

—Ya deberían estar aquí con ella.

—No se impaciente, jefe.

—¿Cómo no voy a impacientarme, sabiendo lo que está en juego? —¡Nada menos que la fórmula KG-202!

—La conseguiremos, jefe, no se preocupe. Sabemos que la tiene la chica.

—Sí, pero puede que no la lleve encima.

—No importa. Si no la lleva encima, nos dirá dónde la dejó. Nosotros sabemos cómo tirar de la lengua. Especialmente, si se trata de una mujer. Resisten mucho menos que los hombres, porque son más sensibles al dolor. La última que torturamos nos dijo hasta el nombre del cura que la bautizó.

—Así quedó, la pobre... —murmuró el tipo elegante, estremeciéndose.

—Pero cantó, ¿no?

—Sí, después de gritar mucho.

—Es que las mujeres son muy chillonas, jefe —sonrió cínicamente el grandullón.

De pronto, el sujeto elegante dio un respingo.

—¡Ahí vuelven Dino y Rudy, Buck! ¡Y sin la chica!

—¡Maldición!

En efecto, Dino y Rudy acababan de salir del portal del edificio en donde Richard Butler tenía su consultorio. Corrieron hacia el Chevrolet negro y se metieron en él.

El tipo elegante agarró a Dino por las solapas.

—¿Qué ha pasado, estúpidos? ¿Dónde está la chica?

—Cálmese, jefe —rogó Dino.

—No la habréis matado, ¿verdad? ¡La necesitamos viva!

—Lo sabemos, jefe. Y viva la atraparemos, cuando abandone el edificio. Se introdujo en uno de los pisos. En el consultorio de un médico llamado Richard Butler.

—¿La visteis entrar en él?

—No, pero hemos registrado los demás pisos y no está en ellos.

—¿Y no habéis registrado el consultorio del doctor Butler...?

—No nos abrieron la puerta, jefe.

—¡Pues haberla forzado, idiotas!

—La chica nos hubiera recibido a tiros, jefe.

Buck intervino:

—Dino tiene razón, jefe. Es mejor esperar a que salga.

—¡Puede que no salga en toda la noche!

—No creo que tarde tanto, jefe —dijo Rudy—. El doctor Butler está con ella.

—¿Cómo lo sabéis?

—Bueno, es obvio que él le abrió la puerta, porque, de lo contrario, ella no hubiera podido entrar en el consultorio. Además, el coche del doctor Butler está estacionado frente al edificio. Es el Dodge azul. Lleva su nombre.

—Por eso sabemos que la chica se oculta en ese piso, jefe —dijo Dino—. Si no se encontrara allí, el doctor Butler hubiera abierto la puerta. Quiso hacernos creer que no había nadie en el consultorio, pero la presencia de su coche, estacionado en la calle, echa por tierra su argucia.

El sujeto elegante soltó las solapas de Dino.

—Sí, no hay duda de que la chica se esconde en el consultorio de ese doctor —rezongó—. Pero no vamos a pasarnos aquí el tiempo, esperando a que salga. Tenemos que conseguir la fórmula KG-202

cuanto antes. Vais a subir por la chica. Los tres. Y no habrá necesidad de derribar la puerta. Forzaréis la cerradura con una ganzúa. Lo más silenciosamente posible. Si no hacéis ruido, es posible que logréis sorprender al doctor y a la chica.

—De acuerdo, jefe —dijo Buck—. Vamos, muchachos.

Descendieron los tres del Chevrolet.

Dino y Rudy no eran tan altos como Buck, aunque sí igual de corpulentos. Y tenían la misma cara de brutos que él.

Con paso rápido, alcanzaron los tres el portal y se metieron en él.

Su jefe, mientras tanto, encendió otro puro. Del otro ya casi no quedaba ni rastro.

* * *

Deborah Carson se había puesto, ya la blusa, y ahora se encontraba de nuevo sentada en la alargada mesa de exploraciones. Balanceaba suavemente las piernas, mientras sus manos, de finos y cuidados dedos, jugueteaban con la poderosa Luger.

Richard Butler estaba sentado en su sillón. Tenía el ceño fruncido, y de vez en cuando, miraba a la hermosa rubia.

Ella le sonreía.

—¿Por qué no se sienta en un sillón? —sugirió Richard.

—Estoy bien aquí, gracias.

—Terminará con dolor de espalda.

—Si me empieza a doler, me echaré. Esta mesa parece cómoda.

—Y está lejos de mí.

Deborah rió.

—No piense que le tengo miedo, doctor.

—Es pura precaución, ¿no?

—Eso.

—Acérquese sin temor. No pienso intentar nada contra usted, se lo prometo.

—Y yo le creo, doctor. Pero prefiero seguir aquí.

—Como quiera.

—¿Tiene hambre, doctor?

—Claro. ¿Usted no?

—Sí, también.

—Pues como no se muerda el codo...

—¿No tiene nada comestible en su consultorio?

—Nada, usted lo ha dicho.

—¿Tampoco tiene café?

—Sí, eso sí.

—Estupendo. Llene un par de tazas.

Richard se puso en pie.

—¡Eh! ¿Adónde va? —exclamó Deborah, apuntándole con su arma.

—Por el café. ¿No ha dicho que llene dos tazas?

—¿Dónde está?

—En la mesa de mi enfermera.

—Vuelva a sentarse, doctor Butler. Yo iré por el café.

—¿Teme que me escape?

—No me extrañaría en absoluto —sonrió la rubia, bajándose de la mesa de exploraciones.

—Muy bien, desconfiada —gruñó Richard, y se sentó de nuevo

—. El café está en el primer cajón de la mesa.

—Gracias, doctor.

Deborah Carson caminó hacia la puerta, con la Luger en la diestra.

Antes de abrirla, dijo:

—No se le ocurrirá llamar a la policía, ¿verdad?

—Pues, ya que lo menciona...

—No lo haga, doctor. Me obligaría a mostrarme dura con usted, y eso me disgustaría mucho, créame. Es usted un tipo simpático.

—No tocaré el teléfono, le doy mi palabra.

—Confío en usted —sonrió la rubia otra vez, y abrió la puerta, saliendo del despacho médico.

Súbitamente, dos hombres cayeron sobre ella.

Eran Dino y Rudy.

Buck se dejó ver también, esgrimiendo una Magnum provista de silenciador.

Hacía ya algunos minutos que estaban en el consultorio.

Habían abierto la puerta con una ganzúa, sin causar el más leve ruido, tal y como les indicara su jefe. Al oír voces en el despacho médico de Richard Butler, se habían aproximado y pegado el oído a la puerta, pudiendo escuchar las últimas palabras del doctor y de Deborah Carson.

Lo del café les facilitó las cosas, pues de haber irrumpido en el despacho, pistola en mano, Deborah hubiera podido herir o matar a alguno de ellos.

Al oír que la chica iba a salir, Buck, Dino y Rudy se ocultaron, para caer por sorpresa sobre ella y reducirla fácilmente.

Caer, ya habían caído, pero reducirla no iba a ser tan sencillo como pensaban, porque Deborah se defendió como una fiera.

Lo primero que hizo, fue asestarle un rodillazo a Rudy entre los muslos, dejándolo más amargo que la hiel.

El tipo la soltó inmediatamente y se derrumbó, dando aullidos.

Buck escupió una maldición.

—¡Atízale, Dino!

Dino se dispuso a dormir a la rubia de un puñetazo en el mentón, pero ella le propinó un tremendo cabezazo en toda la cara y lo dejó casi tan amargo como a Rudy.

Se desplomó también, claro.

Deborah intentó recuperar su Luger.

La había perdido al ser atacada por Dino y Rudy, y ahora yacía en el suelo.

Buck adivinó su intención y le dio un punterazo al arma, enviándola muy lejos.

Deborah, consciente de que si no se hacía con una pistola, acabaría viéndose reducida por el trío de matones, se lanzó como una pantera sobre Buck, con intención de apoderarse de su *Mágnum*.

El matón, que no se esperaba aquello, se vio arrollado por la rubia, cayendo ambos al suelo.

Justo en aquel momento, Richard salía de su despacho.

Deborah lo vio y gritó:

—¡Écheme una mano, doctor!

CAPÍTULO V

Richard Butler, tras un par de segundos de vacilación, exclamó:

—¡Voy en su ayuda, Deborah!

Buck rugió:

—¡Ocupaos del médico, Dino!

Dino, con la cara ensangrentada, se lanzó sobre las piernas de Richard y lo hizo caer.

—¡Suéltame, gorila! —masculló el médico, y le propinó una patada en la boca a Dino.

El matón aulló y se olvidó por completo de Richard.

Éste se irguió de un salto.

—¡A él, Rudy! —tronó Buck, que seguía luchando en el suelo con Deborah.

Y no era una lucha fácil, porque la rubia, para hacerle soltar la *Mágnun*, le mordía la mano con saña. Y, entre mordisco y mordisco, le asestaba un cabezazo o un rodillazo.

Buck, por su parte, procuraba que la chica y él no dejaran de rodar por el suelo, porque así Deborah no podía colocar bien sus cabezazos y rodillazos, y no conseguía hacerle demasiado daño con ellos.

Rudy, pese al terrible dolor que sentía en los genitales, se puso en pie y se arrojó sobre Richard Butler, derribándolo antes de que pudiera ayudar a Deborah a deshacerse de Buck.

Richard luchó con el matón, cuya chata nariz aplastó aún más con su puño derecho.

—¡Encaja esto, gorila!

—¡Encaja tú esto curandero! —barbotó Rudy, y le incrustó los nudillos en la mandíbula.

Richard tuvo la sensación de que su cabeza se separaba del

tronco, porque el puñetazo fue tremendo.

Rudy intentó repetir el castañazo, ahora con el otro puño, pero Richard se dijo que con una coz ya estaba bien, y disparó de nuevo la diestra.

Tuvo la suerte de colocársela al matón en el ojo zurdo, y el golpe, amén de doloroso, dejó momentáneamente ciego de ese ojo a Rudy, quien cayó de espaldas.

Pero Dino ya se había recuperado del patadón en la boca, y se echó como un tigre sobre el médico.

—¡Te voy a hacer pedazos, matasanos!

Richard no tuvo más remedio que vérselas con él.

Quería ayudar a Deborah, pero Dino y Rudy no le dejaban.

La rubia todavía no había podido arrebatarse la Magnum a Buck, pese a que éste tenía la mano llena de dolorosos mordiscos.

De pronto, el matón consiguió conectar un seco zurdazo al mentón de Deborah, quien exhaló un gemido, puso los ojos en blanco y quedó como muerta entre los brazos de Buck.

Libre ya de la rubia, Buck se incorporó y acudió en ayuda de Dino, con quien Richard luchaba a brazo partido.

El médico no vio venir a Buck, y éste le propinó un duro golpe en la cabeza con su Magnum.

Richard Butler emitió un sonido ronco y quedó inmóvil.

Dino aprovechó la ocasión para asestarle un par de puñetazos más.

—¡Toma! ¡Toma!

Buck le sujetó.

—Déjalo va, Dino. Ha perdido el conocimiento.

—¡Nos ha dado mucha guerra, Buck!

—También la chica. Pero ya es nuestra. La dejé sin sentido de un puñetazo. Aunque mira cómo me ha puesto la mano, con sus dientes de gata —se la mostró a su compañero.

—A mí me machacó la nariz, con su cabeza.

—Y los labios, por lo que veo... —observó Buck.

Dino se los rozó con las yemas de los dedos.

—No, esto fue cosa del médico —masculló—. Me atizó una patada en la boca y me los partió, el muy hijo de...

—Pues mira qué ojo le puso a Rudy.

Dino miró al chato, quien, sentado en el suelo, se estaba

palpando al ojo izquierdo. Lo tenía prácticamente cerrado, a causa de la hinchazón, y se le estaba poniendo negro por momentos.

—¿Te duele, Rudy? —preguntó Buck.

—Sí, mucho —respondió el chato, que sangraba por la nariz—. Pero aún me duele más lo que tengo de hombre. La chica me los hizo picadillo con su rodilla.

—Ayúdale a levantarse, Dino.

—No es necesario, puedo yo solo —rezongó Rudy, y se incorporó.

Con dificultad, pero lo consiguió.

—Busca el bolso de la chica, Dino —indicó Buck—. Debe estar en el despacho del doctor.

Dino se introdujo en el despacho.

Vio el bolso de Deborah sobre el taburete, junto a la mesa de exploraciones, y lo tomó.

Mientras tanto, Buck había ido en busca de la Luger de la rubia.

La recogió del suelo y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Dino salió del despacho.

—Aquí está el bolso de la chica, Buck.

—Perfecto. Ahora, limpiaros las caras, que la sangre es muy llamativa.

Dino y Rudy sacaron sus pañuelos y limpiaron sus rostros.

—Ya vale —dijo Buck—. Cargad con la chica, entre los dos, y llevadla al coche. El jefe debe estar hecho un manojo de nervios. Y, cuando Francis Horton se pone nervioso... Bueno, sabéis tan bien como yo lo peligroso que resulta.

—¿Y qué hacemos con el médico, Buck? —preguntó Dino.

—Olvidarnos de él.

—¿Por qué no nos lo cargamos? —sugirió Rudy.

—Si dejamos un muerto aquí, intervendrá la policía. Y eso no nos conviene, muchachos.

—Intervendrá de todos modos, porque el tipo la avisará, en cuanto se despierte.

—No, no creo que llame a la policía, Rudy. No querrá meterse en líos.

—Opino como Buck —dijo Dino.

—De acuerdo, vámonos —masculló Rudy, cogiendo a Deborah de debajo de los brazos.

Dino la cogió de las piernas.

La llevaron hacia la puerta.

Buck se encargó de abrirla.

Rudy y Dino salieron del consultorio, cargados con la chica.

Buck echó una última mirada al consultorio, para asegurarse de que no olvidaban nada, y luego cerró la puerta.

Tuvieron suerte, y no se tropezaron con nadie mientras bajaban las escaleras.

En la calle, ya fue diferente.

Algunas personas se detuvieron.

—Vamos, de prisa, de prisa —apremió Buck.

Rudy y Dino trotaron hacia el Chevrolet negro.

Francis Horton, visiblemente contento, abrió la puerta del coche.

—¡Rápido, muchachos!

Dino y Rudy metieron a Deborah en la parte de atrás del Chevrolet.

Dino subió detrás, con Francis Horton.

Rudy se sentó junto a Buck.

Éste ya estaba accionando el contacto.

—¡Arranca, Buck! —apremió Horton.

—¡Sí, jefe! —sonrió el matón, y puso el vehículo en movimiento.

El Chevrolet salió disparado, ante las curiosas miradas de los transeúntes.

CAPÍTULO VI

Tres o cuatro minutos después, Francis Horton decía:

—Ya puedes aminorar la velocidad, Buck. No quisiera tener problemas con los agentes de tráfico.

—Entendido, jefe —respondió el grandullón, y redujo la marcha del Chevrolet.

Horton se fijó en el ojo izquierdo de Rudy, totalmente cerrado ya y negro como la boca de un túnel. También se fijó en la boca de Dino, muy hinchada, y en su nariz, mucho más gorda de lo normal.

—Os dio trabajo la chica, ¿eh?

—Mucho, jefe —asintió Buck—. Y el doctor Butler, también. Salió en defensa de la chica, y tuvimos que sacudirle. Quedó tendido en el suelo, sin conocimiento.

—No lo habréis matado, ¿verdad?

—No, jefe, tranquilícese. Le di un golpe en la cabeza con mi Mágnum, eso fue todo.

—Celebro que no lo liquidarais.

—Nosotros sólo matamos cuando es necesario, jefe —repuso Buck, con cínica sonrisa.

—Ya.

—¿Cómo sigue la chica, jefe?

—No se ha movido, todavía.

—Le asesté un buen zurdazo. No creo que despierte antes de que lleguemos al almacén.

—Eso espero.

—Si no fuera así, que Dino la duerma de nuevo.

—Descuida, Buck —dijo Dino, que se estaba palpando la abultada nariz.

—Supongo que no os entretendríais registrando a la chica,

¿verdad, Buck?

—No, jefe. Nos limitamos a cargar con ella. Pero no olvidamos coger su bolso, por si acaso guardaba en él la fórmula KG-202.

—Dámelo y le echaré un vistazo.

Francis Horton registró el bolso de Deborah Carson, pero no encontró lo que buscaba.

—Aquí no está —rezongó.

—Puede que la lleve oculta bajo la ropa —pensó Rudy.

—¿La desnudamos, jefe? —sugirió Dino, con un brillo de sucio deseo en los ojos.

—Cuando lleguemos al almacén —respondió Horton.

* * *

Buck acertó, y llegaron al almacén que les servía de guarida sin que Deborah Carson recobrara el conocimiento.

La puerta, metálica, se abrió por control remoto.

Buck tomó el mando, lo accionó y la pesada puerta comenzó a subir.

Segundos después, el Chevrolet entraba en el almacén.

A un lado y otro, se apilaban cajas.

Buck manipuló de nuevo el mando de control remoto y la puerta metálica se cerró.

—¿Sigue dormida la chica, jefe? —preguntó.

—Como un tronco —respondió Francis Horton.

Buck sonrió.

—Ya le dije que el zurdazo fue muy bueno.

—Sacadla del coche, vamos —indicó Horton.

Dino y Rudy se encargaron de ello.

Horton y Buck descendieron también del Chevrolet.

El primero dijo:

—Llevadla a la sala de interrogatorios.

Dino y Rudy se encaminaron hacia allí, cargados con la inanimada e indefensa Deborah. Horton y Buck los siguieron.

La sala de interrogatorios era una habitación cuadrada, más bien pequeña, de gruesas paredes, ubicada al fondo del almacén. No tenía ventanas, y la puerta era de hierro.

Por muy fuerte que gritase la persona sometida a interrogatorio por los matones de Francis Horton, nadie podía oírla.

En el centro de la habitación, había un siniestro sillón, atornillado al suelo, para que el interrogado no pudiese tumbarlo por muy violentas que fuesen sus sacudidas, mientras era sometido a tortura.

El sillón, lógicamente, disponía de anchas y sólidas correas de cuero, con las que se sujetaban los brazos y las piernas de la persona a la que se le quería arrancar algún tipo de información.

A la derecha del sillón, había una estrecha pero alargada mesa, sobre la que descansaban numerosos instrumentos de tortura, a cuál de ellos más siniestro y terrible.

Sólo de verlos, la persona a la que se iba a interrogar sentía deseos de hablar. Aunque por regla general, no hablaba hasta haber probado uno o varios de aquellos espantosos instrumentos ideados por mentes retorcidas con el único propósito de causar dolor y sufrimiento al ser humano.

—Dejadla en el sillón y quitadle la ropa —indicó Francis Horton.

—¿Toda, jefe? —preguntó Dino.

—Sí, toda.

A Dino le brillaron de nuevo los ojos lujuriosamente.

—Manos a la obra, Rudy —dijo, guiñándole el izquierdo a su compañero.

Rudy soltó un gruñido.

—Si te doliera lo que me duele a mí, no pensarías en eso —masculló.

—Venga, no perdáis tiempo —apremió Horton.

Dino y Rudy colocaron a Deborah Carson en el sillón de tortura, le quitaron cuanto llevaba encima, y luego pasaron las correas, sujetándole brazos y piernas.

Buck se encargó de revisar concienzudamente la ropa femenina, así como los zapatos, pero la fórmula

KG-202

no apareció.

—No la lleva encima, jefe —dijo.

—Ya suponía que no —suspiró Horton—. Sabía que podíamos atraparla, y prefirió dejarla en lugar seguro.

—No se preocupe, jefe. La reanimaremos y la trabajaremos un

poco. Verá cómo canta.

—Sí, no habrá más remedio que torturarla, porque, por las buenas, estoy seguro de que no nos dirá nada. Y es una pena, porque la chica es preciosa... —suspiró de nuevo Horton.

—Está tremenda, es verdad —asintió Buck, observando con detenimiento el cuerpo desnudo de Deborah Carson.

—¿Por qué no nos divertimos con ella, antes de estropearla? —propuso Dino, acariciando los hermosos senos de la rubia.

—Yo no puedo, maldita sea —gruñó Rudy.

—Primero hay que hacerla hablar —dijo Horton—. La diversión vendrá después. Cuando tengamos en nuestro poder la fórmula KG-202.

Entonces, podréis hacer lo que queráis con la chica, antes de matarla.

—Ya habéis oído al jefe —dijo Buck—. Tú, Dino, deja de toquetearle los pechos a la rubia. Hay que reanimarla, pero no así. Es un método muy lento —sonrió. Dino retiró sus manazas del firme busto femenino. Buck atrapó un cubo, medio lleno de agua, y arrojó su contenido sobre la cara de la chica.

Deborah Carson volvió en sí en el acto.

Al verse completamente desnuda, sujeta a aquel siniestro sillón rodeada por Francis Horton y sus matones, se llenó de terror.

Y dicho terror se volvió ya indescriptible cuando sus espantados ojos se posaron en los diversos instrumentos de tortura que descansaban sobre la alargada mesa.

—Dios mío, no... —musitó, con voz estrangulada.

Buck la agarró del pelo, con brusquedad, y la obligó a levantar la cabeza.

—¿Dónde está la fórmula KG-202?

—interrogó, con duro gesto.

Deborah no respondió.

Buck le tiró del cabello y le arrancó un grito de dolor.

—Te he hecho una pregunta, preciosa. Contesta.

Deborah siguió callada.

Francis Horton intervino:

—Habla, muchacha. Será mejor para ti. Te ahorrarás muchos sufrimientos.

Deborah no despegó los labios.

—Si te obstinas en guardar silencio, mis hombres te torturarán —añadió Horton—. Convertirán tu precioso rostro en una cara realmente monstruosa, y tu hermoso cuerpo quedará destrozado, desde el cuello a las uñas de los pies. La última mujer que torturaron, quedó totalmente irreconocible. Ni ella misma recordaba quién era, porque se volvió loca de tanto sufrir.

Un ramalazo de frío estremeció el desnudo cuerpo de Deborah Carson.

Sin embargo, no dijo nada.

—Es inútil, jefe —gruñó Buck—. No quiere hablar.

—Sí, ya lo veo —suspiró Horton—. Y lo siento por ella. Hablará de todos modos. Pero, cuando nos diga dónde está la fórmula KG-202,

ya no será una chica bonita y de cuerpo, hermoso. Claro que, si ella lo prefiere así... Empezad a trabajarla, muchachos.

Buck sonrió siniestramente e indicó:

—Dino. Rudy. Hacedle probar la fuerza de vuestras manos, antes de recurrir a los aparatos de tortura.

—Con mucho gusto, Buck —respondió Dino.

—Será un placer —dijo Rudy, que estaba deseando cobrarse el rodillazo de los genitales.

Dino aprisionó el seno izquierdo de la rubia, mientras Rudy hacía lo propio con el derecho.

A una indicación de Buck, los dos matones comenzaron a estrujar despiadadamente los pechos de la chica, cuya dorada cabellera seguía aferrando Buck.

Deborah Carson aulló desesperadamente, porque el dolor era terrible, pero no dijo dónde se encontraba la fórmula KG-202.

Con la mano libre, Buck extrajo un cigarro del bolsillo interior de su chaqueta, se lo puso en la boca, y le prendió fuego con su encendedor de gas.

Deborah seguía dando chillidos, porque el castigo continuaba, y aún chilló más fuerte cuando Buck comenzó a aplicarle la brasa del puro en los hombros, en el vientre, en los muslos...

Incapaz de seguir soportando aquel tratamiento tan brutal, la desgraciada suplicó:

—¡Basta, por favor! ¡Les diré dónde está la fórmula! ¡La tiene el doctor Butler!

CAPÍTULO VII

Buck, Dino y Rudy dejaron de torturar a Deborah Carson y miraron a Francis Horton, cuya expresión de perplejidad era idéntica a la de ellos.

—¿El doctor Butler...? —murmuró Horton.

—¡Sí! —aseguró Deborah, sollozando de dolor.

—Me resisto a creerlo.

—Está claro que la chica miente, jefe, para que dejemos de torturarla —rezongó Buck.

—Lo mismo pienso yo —dijo Dino.

—Y yo —masculló Rudy.

—¡Es la verdad, lo juro! —insistió Deborah.

—Expícate, preciosa, a ver si así logras convencernos —dijo Horton.

Deborah Carson interrumpió los sollozos.

—Cuando me introduje en el edificio, ya sabía que me iba a resultar muy difícil abandonarlo sin ser atrapada por sus hombres. Por eso decidí poner a salvo la fórmula. Se la metí en el bolsillo de la chaqueta al doctor Butler, sin que él se diera cuenta. No podía decirle nada, porque me hubiera hecho muchas preguntas. Mi intención, caso de haber conseguido salir del edificio sin ser descubierta, era volver por la mañana al consultorio del doctor Butler y recuperar la fórmula. Estoy segura de que él no descubrirá que la lleva en el bolsillo.

Francis Horton reflexionó.

—Es posible que esté diciendo la verdad, muchachos —murmuró, casi un minuto después.

—Yo sigo pensando que miente, jefe —rezongó Buck.

—Sólo hay un modo de saberlo. Yendo en busca del doctor

Butler y registrando los bolsillos de su chaqueta —dijo Horton.

—Existe otro modo de averiguar si miente, jefe.

—¿Cuál, Buck?

—Seguir torturándola hasta que...

Horton sacudió la cabeza.

—No, Buck, basta de tortura, por el momento. Si el doctor Butler no tiene la fórmula, trabajaréis de nuevo a la chica. Mientras tanto, dejadla en paz.

Deborah ahogó un suspiro de alivio, al oír aquello.

Buck gruñó:

—Usted manda, jefe.

—Rápido, muchachos. Id en busca del médico.

—¿Usted no viene, jefe?

—No, yo me quedo aquí vigilando a la chica.

—Pero, si es imposible que se escape...

—Lo sé. De todos modos, no quiero dejarla sola.

—Como prefiera, jefe —dijo Buck—. En marcha, muchachos.

Los tres matones abandonaron la sala de interrogatorios, dejando solo a Francis Horton con Deborah Carson.

Durante algunos minutos, Horton no dijo nada, limitándose a observar a la chica, recorriendo con sus ojos la tentadora desnudez de Deborah, una y otra vez.

A la rubia no le gustó nada la forma con que la miraba el jefe de la pandilla. Leía en sus ojos el deseo, cada vez más apremiante, de toqueteármelo todo.

¿Se decidiría a hacerlo...?

Y, si se decidía, ¿se conformaría con eso...?

Deborah temía que Horton la violara.

Tal vez por eso se había quedado con ella, para ser el primero en gozar de su cuerpo desnudo e indefenso.

Los temores de Deborah parecieron confirmarse cuando Francis Horton, con una extraña sonrisa en los labios, se acercó a ella.

—¿Te duelen las quemaduras, preciosa?

—¿Usted qué cree?

—Si me hubieras hecho caso, te habrías evitado este sufrimiento —aseguró Horton, posando su mano sobre el brazo derecho de la rubia.

—No me toque.

—¿Te disgusta?

—Más que eso. Me asquea.

—Yo no quiero hacerte daño, nena.

—Ya sé que no. Quiere aprovecharse.

—Eres tan hermosa... —murmuró Horton, deslizando su mano hacia los senos femeninos, estremecidos todavía de dolor.

Deborah Carson enrojeció de ira y de impotencia.

—¡Le he dicho que no me toque, cerdo!

—Te gustará, ya verás —sonrió Horton, alcanzando su objetivo.

Deborah dio un grito, porque, aunque Francis Horton la acarició con suavidad, sus senos estaban demasiado doloridos y le hizo daño.

—¡Retire su asquerosa mano, puerco! —rugió, y acto seguido le escupió en la cara.

Ahora fue Horton quien enrojeció de ira.

—¡Maldita! ¡Yo te enseñaré a ti! —Ladró, y comenzó a abofetearla duramente, sin piedad.

Deborah no tardó en sangrar por la boca y la nariz.

Pese a ello, Francis Horton no interrumpió el castigo.

—¡Así aprenderás, perra!

—¡Cobarde! ¡Canalla! ¡Hijo de furcia barata! —Lo insultó Deborah.

Lo único que consiguió con ello, fue que la furia de Horton aumentara.

Como no dejó de abofetearla, Deborah Carson perdió el conocimiento poco después.

* * *

Cuando Richard Butler volvió en sí, sintió complejo de tambor.

Eso parecía su cabeza.

Un tambor.

Y alguien lo estaba aporreando con ganas.

—Dios, cómo me duele... —gimió, agarrándose la testa.

Fue entonces cuando descubrió la hermosa protuberancia craneal que le había causado Buck con su Mágnum.

—¡Qué chichón, madre! —exclamó, palpándolo—. ¡Es tan grande como un huevo de gallina!

Cuando retiró los dedos, vio que los tenía manchados de sangre. La Magnum, amén del chichón, le había causado una herida.

—¡Malditos gorilas! —barbotó, mientras se incorporaba con dificultad.

Apenas recuperada la vertical, estuvo a punto de perderla de nuevo.

Afortunadamente, todo quedó en un simple trastabilleó.

Y es que Richard Butler se encontraba un poco mareado.

Había recibido no menos de media docena de puñetazos, además del golpe en la cabeza, y ésta seguía doliéndole terriblemente.

Por fortuna, el mareo desapareció pronto y Richard pudo caminar con normalidad. Con la mano izquierda sobre la nuca, entró en su despacho.

Vio que el bolso de Deborah Carson ya no estaba sobre el taburete.

Richard adivinó que los matones se lo habían llevado, junto con su dueña, y no pudo evitar un estremecimiento al pensar en lo que aquellos tres bestias harían con Deborah para que les dijese lo que querían saber.

Estuvo tentado de llamar a la policía, pero no lo hizo.

¿Qué podía decirles?

El sabía muy poco de lo que Deborah Carson se llevaba entre manos.

Nada, en realidad.

Y, a lo mejor, ése no era su nombre verdadero.

—¡Dios!, ¿qué puedo hacer? —se preguntó en voz alta, con desesperación.

Buscarla.

Buscarla él mismo.

Sabía que sería muy difícil dar con ella, pero debía intentarlo.

Y sin perder un solo minuto más.

Richard cogió su maletín y abandonó rápidamente el consultorio.

Bajó las escaleras prácticamente a saltos.

Ya en la calle, miró hacia un lado y otro.

Ni rastro de los gorilas ni de Deborah Carson.

Richard trotó hacia el puesto de periódicos instalado en la acera de enfrente. Solía comprar allí el New York Times.

El viejo que atendía el puesto respingó al ver las señales de golpes que ofrecía el rostro del médico.

—¿Qué diablos le ocurrido, doctor Butler...?

—Unos tipos me sacudieron, Jonathan. ¿No se fijaría usted en ellos, por casualidad? Eran tres. Corpulentos. Con cara de brutos. Uno de ellos medía casi dos metros. Perseguían a una chica rubia, muy bonita.

El viejo respingó de nuevo.

—¡Los vi, doctor, los vi! ¡Salieron con mucha prisa del portal, y dos de ellos cargaban con la chica rubia! ¡Parecía desvanecida!

—¿Hacia dónde fueron, Jonathan?

—¡Subieron a un Chevrolet negro que les aguardaba allí! ¡Salieron disparados, doctor!

—¿Se fijó en la matrícula del Chevrolet?

—¡No me dio tiempo, doctor Butler! ¡Ya le he dicho que salieron disparados!

—Bueno, algo es algo.

—¿Qué fue lo que pasó, doctor Butler? ¿Por qué le golpearon esos tipos? ¿Por qué perseguían a la chica rubia?

—Se lo explicaré en otro momento, Jonathan. Ahora no tengo tiempo. Me urge localizar ese Chevrolet negro.

—No será fácil, doctor.

—Ya sé que no, Jonathan. Pero tengo que encontrarlo, o la chica rubia...

—¿Qué?

—Lo pasará mal, Jonathan. Muy mal.

—Entiendo, doctor.

—Gracias por la información, Jonathan.

—¿Por qué no avisa a la policía, doctor Butler?

—No debe intervenir en esto. Ya le explicaré por qué.

De pronto, el viejo dio un brinco.

—¡Mire, doctor Butler! ¡El Chevrolet negro de los tipos viene hacia aquí!

CAPÍTULO VIII

Era cierto.

Buck, Dino y Rudy llegaban en aquel momento, con la misión de encontrar al doctor Butler, registrar los bolsillos de su chaqueta, y recuperar la fórmula

KG-202.

Suponiendo que Deborah Carson no hubiese venido, claro.

Por pura precaución, Buck detuvo el Chevrolet a unos quince metros del portal del edificio en donde se hallaba el consultorio del doctor Butler.

Richard se había metido en el puesto de periódicos del viejo Jonathan, para no ser descubierto por los matones. Y, desde allí, agazapado, vio cómo el Chevrolet negro se detenía y sus ocupantes saltaban al suelo.

—¡Son ellos, doctor! —exclamó el viejo, respingando.

—¡Silencio, Jonathan! —rogó Richard—. Disimule usted, no mire directamente a los tipos.

El anciano obedeció.

Buck, Dino Y Rudy trotaron hacia el portal.

Como el Dodge azul de Richard Butler seguía estacionado frente al edificio, Buck dijo:

—El médico sigue arriba. Le aticé duro con mi Magnum, y todavía no debe de haber recobrado el conocimiento.

—Mejor —sonrió Dino.

—Sí, así, será todo más fácil —añadió Rudy.

—Subamos, de prisa —apremió Buck.

Los tres matones se introdujeron en el portal y subieron rápidamente las escaleras. Haciendo uso nuevamente de la ganzúa, abrieron la puerta del consultorio del doctor Butler y penetraron en

él.

Al no encontrar al médico tendido en el suelo, pensaron que se había despertado ya y que se encontraba en su despacho. Sigilosamente, y con las armas empuñadas, caminaron los tres hacia allí.

Encontraron el despacho vacío, claro.

Buck maldijo en voz alta.

—¿Dónde demonios se habrá metido?

—Es raro que no esté en el consultorio, hallándose su coche abajo —rezongó Dino.

—¿Adonde habrá ido? —se preguntó Rudy.

—No lo sé, pero no debemos seguir aquí —masculló Buck—. Regresemos al Chevrolet. Llamaremos al jefe y le diremos lo que ocurre. El decidirá lo que hacemos.

—De acuerdo, vamos —repuso Dino.

Salieron los tres del consultorio y bajaron las escaleras con rapidez.

De nuevo en el Chevrolet, Buck llamó a Francis Horton, utilizando el teléfono del coche.

Horton no tardó en responder.

—¿Diga?...

—Somos nosotros, jefe.

—No, jefe. El doctor Butler ha desaparecido. Su coche sigue estacionado frente al edificio, pero él no está en su consultorio.

—¿Cómo es posible que se marchara sin él?

—No lo sabemos, jefe. Quizá, debido al golpe que le propiné en la cabeza con mi Magnum, no se encontraba en condiciones de conducir y tomó un taxi.

—Sí, seguro que hizo eso —rezongó Horton.

—¿Qué hacemos, jefe? ¿Nos quedamos aquí un rato, por si vuelve, o regresamos al almacén?

—Volved, Buck. No creo que el doctor Butler vuelva, esta noche. Debe de dolerle mucho la cabeza y se habrá metido en la cama, apenas llegar a su casa.

—Lo mismo pienso yo, jefe.

—Mañana por la mañana, temprano, volveréis a su consultorio y le esperaréis.

—Correcto, jefe.

Buck cortó la comunicación y puso el Chevrolet en marcha, ignorando que, en el maletero del coche, llevaban al doctor Butler.

* * *

Sí.

Richard Butler se había metido en el maletero del Chevrolet, mientras los matones subían a su consultorio. Se dijo que era la mejor manera de dar con Deborah Carson.

Y tal vez la más arriesgada, también.

Pero Richard no pensó en el riesgo que corría. Sólo le preocupaba salvar a Deborah, fuese ése su verdadero nombre o no. Evitar que aquellos tres gorilas la torturasen salvajemente.

Mientras el Chevrolet circulaba por las calles de Nueva York, Richard Butler se preguntaba por qué los matones habían vuelto a su consultorio.

¿Qué querían de él?

¿Eliminarlo, tal vez?

No, no debía ser eso.

Tuvieron ocasión de acabar con él de un balazo en la cabeza, cuando quedó inconsciente, y no lo hicieron.

Descartado lo de la eliminación, Richard empezó a sospechar que Deborah Carson le había comprometido de alguna manera, al ser interrogada por los tipos, y seguramente maltratada.

En fin, saldría de dudas en cuanto hablase con ella.

O cuando los gorilas le descubriesen y le atrapasen, que también podía suceder...

* * *

El Chevrolet entró en el almacén y Buck hizo descender la puerta metálica, accionando el mando de control remoto. Después, los tres matones salieron del coche y caminaron hacia la sala de interrogatorios, sin sospechar lo que habían transportado en el maletero del Chevrolet.

Encontraron a Francis Horton de mal humor.

Y, a Deborah Carson, desvanecida.

Buck cogió del pelo a la rubia y le levantó la cabeza, descubriendo que había sangrado por los orificios nasales y por la boca. Todavía tenía las mejillas coloradas, de tanta bofetada recibida.

—¿Qué ha pasado, jefe...?

—La chica me insultó y tuve que sacudirle, para que aprenda a respetarme —gruñó Horton.

—Entiendo —sonrió ligeramente Buck, pues sospechaba la verdad de lo sucedido.

Dino y Rudy también lo adivinaron, aunque, como Buck, no se atrevieron a hacer ningún comentario.

—¿La reanimamos, jefe? —sugirió Buck.

—¿Para qué? Mientras no sepamos si dijo la verdad o no, la dejaremos tranquila.

—Está bien, jefe.

Buck soltó el rubio cabello de Deborah, permitiendo que la cabeza de la muchacha cayese de nuevo sobre su pecho desnudo.

—Tengo hambre —dijo Horton—. Vayamos a comer algo.

—¿Todos, jefe?

—No, uno de vosotros debe quedarse, vigilando a la chica.

—¿Quién?

—Rudy mismo —indico Horton, así, como al azar.

Pero no había designado al chato por casualidad, sino intencionadamente, pues sabía que, debido al rodillazo que le propinara Deborah entre los muslos, no intentaría nada con ella, mientras ellos estuviesen ausentes.

El propio Rudy había confesado que no podía divertirse con la chica, porque le dolían demasiado los genitales.

—Vámonos —dijo Horton—. Te traeremos unos emparedados, Rudy.

—Gracias, jefe.

Francis Horton, Buck y Dino salieron de la habitación y atravesaron el almacén, alcanzando el Chevrolet. Montaron en él y se marcharon.

Richard Butler no fue con ellos, porque ya no se encontraba en el maletero del coche, sino oculto tras unas cajas.

En cuanto la puerta metálica se cerró totalmente, Richard abandonó su escondite y avanzó con el mayor sigilo hacia la sala de

interrogatorios.

Tenía que aprovechar la ausencia de Horton, Buck y Dino, para salvar a Deborah Carson.

* * *

Rudy, tras echar una mirada a la chica, se despojó de la chaqueta y se sentó en una silla, cuyo respaldo apoyó contra la pared. Su funda sobaquera quedó visible, así como la *Parabellum* que descansaba en ella.

El matón se tocó el ojo izquierdo, cuya hinchazón no remitía, ni tampoco su negrura.

—Condenado médico... —rezongó, sin sospechar lo cerca que lo tenía.

Casualmente, Deborah Carson volvió en sí en aquel momento.

Emitió un gemido y levantó la cabeza, descubriendo a Rudy.

El gorila la miró con el ojo derecho, porque con el otro no podía ver nada.

—¿Ya te has despertado, zorra?

Deborah murmuró:

—¿Qué pasó con...?

—¿Con el doctor Butler?

—Sí.

—Nada, porque no estaba. Volvió en sí y se largó, antes de que llegáramos.

Deborah no supo disimular su alegría.

Rudy masculló:

—No te alegres, rubia. Mañana lo atraparemos, cuando vuelva por su consultorio. Y, como no tenga la fórmula, ya puedes prepararte. Vas a sufrir horrores. Buck, Dino y yo tenemos unas ganas de trabajarte... Pero trabajarte de verdad. Lo que hicimos contigo antes, apenas fue nada.

Los ojos de Deborah Carson se dilataron.

Pero no fue de terror, sino de sorpresa.

Como miraban hacia la puerta, Rudy, extrañado, miró también hacia allí.

Y descubrió al doctor Butler.

CAPÍTULO IX

Rudy dio un cómico respingo.

—¡El médico!

—El mismo —dijo Richard Butler, entrando en la habitación.

Rudy se llevó la diestra a la funda axilar.

—¡Cuidado, doctor! —chilló Deborah Carson.

Richard se arrojó valientemente sobre el matón y lo derribó, tumbando también la silla.

Rudy perdió su arma en la caída.

Intentó recuperarla, pero Richard le arreó en toda la cara con su maletín de médico.

El gorila aulló.

—¡Apodérese de la pistola, doctor Butler! —gritó Deborah.

Richard fue a coger la *Parabellum*.

Rudy lo vio, con su ojo sano, y disparó la pierna derecha.

Richard recibió el patadón en el estómago y lanzó un rugido de dolor, quedando encogido en el suelo.

Rudy aprovechó la circunstancia para gatear hacia la *Parabellum*.

—¡No deje que recupere su arma, doctor! —chilló Deborah.

Richard reaccionó a tiempo y le atizó de nuevo al matón con su maletín. Esta vez, en toda la cabeza.

Rudy dio un bramido y se espachurró, cuando ya su mano estaba a punto de alcanzar la *Parabellum*.

Richard saltó sobre la espalda del gorila, lo agarró del pelo, e hizo chocar su frente varias veces contra el duro suelo, hasta dejarlo sin sentido.

—¡Bravo, doctor Butler! —exclamó Deborah Carson, jubilosa—. ¡Lo consiguió!

Richard levantó la cabeza y la miró, montado todavía sobre la

espalda del matón.

—¿Qué han hecho contigo, Deborah...? —musitó, estremecido.

—Poca cosa, doctor. Me dejaron sin ropa, me sujetaron a este sillón, me dieron unos tirones de pelo y unos apretones en los pechos, y luego me produjeron algunas quemaduras con un cigarro encendido.

—Miserables...

—Pudo haber sido mucho peor, se lo aseguro. Y, el que no lo fuera, se debió a que yo, para que dejaran de torturarme, les dije que lo que ellos andan buscando lo tenía usted.

—Por eso vinieron por mí, ¿eh?

—Sí, pero no le encontraron, de lo cual me alegré mucho. Si llegan a atraparlo y descubren que usted no sabe nada del asunto... ¿Cómo llegó usted hasta aquí, doctor Butler?

—Me metí en el maletero del coche de los tipos, mientras ellos subían a mi consultorio.

—¡Genial, doctor! —rió Deborah—. Aunque no comprendo por qué se arriesgó usted por mí...

—Yo tampoco.

—Es usted un hombre valiente, doctor Butler.

—Un loco, diría yo.

—En cualquier caso, un tipo maravilloso.

—Será mejor que te suelte. Los otros tipos pueden volver.

—¿Hace mucho que se fueron?

—No, sólo unos minutos.

—Yo estaba inconsciente, Cuando el jefe se quedó a solas conmigo, empezó a toquetearme. Le llamé puerco y le escupí en la cara. Y él me dio de bofetadas hasta que me desvanecí. Es todo un hombrecito.

—Son todos unos canallas —masculló Richard, que ya estaba soltando las correas que sujetaban a la rubia al sillón de tortura.

Deborah Carson se puso en pie, pero le fallaron las rodillas y cayó de nuevo sobre el sillón.

Richard la cogió por los hombros, cuidado de no rozarle siquiera las dolorosas quemaduras.

—¿Te sientes mal, Deborah?

—Un poco mareada. Y más débil de lo que pensaba...

—Son los efectos de los golpes y las quemaduras. Los ojos te

brillan mucho. Debes tener algo de fiebre.

—Es posible, sí.

—No te preocupes, yo te ayudaré a salir de aquí. Y, luego, te atenderé debidamente.

—Gracias, doctor —sonrió Deborah—. ¿Querrá ayudarme también a ponerme la ropa...?

—Por supuesto.

—Menos mal que está usted acostumbrado a ver mujeres desnudas, porque si no...

—Lo que no estoy acostumbrado, es a vestirlas. Aunque esta tarde le puse una faja a una.

—¡No! —exclamó Deborah, riendo.

—Sí, de veras. Bueno, sólo le ayudé a ponérsela. Se trataba de una paciente. Está muy gruesa, y ella sola no podía meterse dentro de la faja.

—Qué divertido es usted, doctor Butler.

—¿Sabes una cosa, Deborah?

—¿Qué?

—Me alegro de que tú no uses faja. Cuesta mucho trabajo meterse dentro de una.

Deborah Carson volvió a reír.

—Afortunadamente, no necesito llevar faja.

—Desde luego que no. Tu silueta es perfecta. Maravillosa de verdad.

—Gracias, doctor. Después de oírle decir eso, ya no me cabe duda de que le gustan las mujeres.

Richard frunció el ceño.

—¿Acaso tenías alguna?

—No, la verdad es que no —confesó Deborah, y besó los labios del médico.

Richard le devolvió la caricia.

Después ella apremió:

—Mi ropa, doctor, de prisa.

—Oh, sí, no debemos perder más tiempo.

Richard recogió el pantalón, la blusa, la ropa interior y los zapatos, y ayudó a Deborah a ponérselo todo.

La rubia se quejó varias veces, porque el menor roce de la ropa con sus quemaduras, avivaban el dolor. Tampoco pudo reprimir un

gemido cuando se abrochó el sujetador. En sus castigados senos habían aparecido manchones azulados.

—¿Cómo puede existir gente tan ruin en el mundo? —masculló Richard, atirantando los músculos faciales.

Deborah sonrió levemente y le acarició el rostro.

—Pudo ser mucho peor, ya se lo dije.

—Te ayudaré a ponerte en pie.

—Sí, por favor.

—Cógete de mi cuello, Deborah. ¿No, no es ése tu verdadero nombre?

—¿Por qué no iba a serlo?

—No sé... Eres una chica tan misteriosa...

—Sólo soy una chica en apuros.

—Lo ignoro todo sobre ti y tus actividades.

—No podía hablarle de ellas, para no comprometerle.

—Ya me has comprometido, Deborah.

—Sí, es verdad, Y crea que lo lamento profundamente, doctor Butler. Pero no tuve más remedio que hacerlo. Los tipos estaban dispuestos a destrozarme la cara y el cuerpo.

—Lo sé. Y no te reprocho que me comprometieras. En realidad, lo Celebro. Tu mentira me dio la oportunidad de llegar hasta ti y salvarte de estos canallas. Y esto me da derecho a saber algunas cosas sobre ti, ¿no crees?

—Desde luego.

—Quiero que me lo cuentes todo, Deborah.

—Lo haré, se lo prometo. Pero cuando estemos lejos de aquí.

—De acuerdo, larguémonos. ¿Puedes caminar o prefieres que te lleve en brazos?

—No será necesario, doctor. Apoyándome en usted, creo que podré andar.

—Vámonos, pues.

—Deme la pistola de Rudy, doctor. Y mi bolso.

Richard recogió ambas cosas del suelo y se las entregó.

Deborah se colgó el bolso del hombro, pero no guardó en él la *Parabellum*, sino que la empuñó firmemente en su mano derecha. Con el otro brazo, rodeaba el cuello del médico.

Richard llevaba su maletín en la mano izquierda, mientras que con su brazo derecho cercaba la cintura femenina.

Abandonaron la sala de interrogatorios.

Deborah se fijó en las cajas que se apilaban a ambos lados de la amplia nave.

—Estamos en un almacén, ¿no?

—Eso parece —repuso Richard.

—Un buen lugar para esconderse.

—Espero que no tengamos dificultades para abrir la puerta. Funciona por control remoto. Vi cómo uno de los tipos, el más alto de todos, accionaba el mando que llevan en el Chevrolet.

—Debe de haber otro mando, cerca de la puerta. O algún resorte, que haga subir la puerta desde dentro. —Eso pienso yo.

—Lo encontraremos, doctor.

Caminando despacio porque Deborah Carson no podía moverse más deprisa, cruzaron el largo almacén y alcanzaron la puerta.

No vieron ningún mando de control remoto, pero sí descubrieron un resorte en la pared, muy cerca de la puerta.

—Esto debe de ser, Deborah.

—Seguro. Acciónele, doctor.

Richard Butler alargó la mano hacia el resorte. Sin embargo, antes de que llegara siquiera a rozarlo con sus dedos, la puerta emitió un leve chirrido y comenzó a subir.

Deborah Carson sintió que se le erizaba la piel, a causa del profundo estremecimiento que recorrió su cuerpo.

—¡Son ellos, doctor, que vuelven!

CAPÍTULO X

Sin perder un solo segundo, Richard Butler llevó a Deborah Carson hacia las cajas que se amontonaban a la derecha.

—¡Ocultémonos, rápido!

Deborah estuvo a punto de caerse, pero Richard la sostuvo.

Se escondieron los dos tras las cajas y contuvieron la respiración.

La puerta metálica seguía subiendo.

El Chevrolet negro entró en el almacén.

Buck paró el motor, apagó las luces y descendió del vehículo, no sin antes accionar el mando de control remoto, para que la puerta volviera a cerrarse.

Francis Horton y Dino salieron también del coche.

Dino llevaba en las manos una bolsa.

Eran los emparedados que le traían a Rudy, para que saciase su apetito.

Echaron a andar los tres hacia la sala de interrogatorios, sin sospechar lo que había ocurrido durante su ausencia.

Richard Butler miró la puerta.

Ya casi se había cerrado totalmente.

Imposible escapar por el escaso hueco que quedaba.

Tendrían que accionar el resorte, para que la puerta subiese de nuevo, y lo más probable es que los tipos se diesen cuenta.

—A pie tenemos pocas posibilidades de escapar, Deborah, dado tu estado —murmuró Richard—. Nos llevaremos el Chevrolet de los tipos.

—De acuerdo —respondió la rubia.

—Rápido, Deborah. Sólo tardarán unos segundos en descubrir tu fuga.

—Sí, corramos.

Salieron rápidamente de detrás de las cajas y se metieron en el Chevrolet, lo más silenciosamente posible. Antes de poner el motor en marcha, Richard tomó el mando de control remoto y lo accionó.

La puerta empezó a subir.

Por fortuna, Francis Horton. Buck y Dino se habían alejado ya bastante, y no oyeron chirriar la puerta.

La mano de Richard estaba sobre el contacto, presta a accionarlo en cuanto la puerta hubiese subido lo suficiente como para permitir el paso del Chevrolet.

Fatalmente, Rudy recobró el conocimiento en aquel dramático instante, y salió corriendo de la sala de interrogatorios. Casi arrolla a Horton, Buck y Dino.

Buck lo sujetó.

—¿Qué diablos te pasa, Rudy?

—¡La chica se ha escapado! ¡El doctor Butler vino por ella! ¡Me golpeó y perdí el sentido!

—¡Maldición! —rugió Francis Horton.

Un segundo después, rugía otra cosa.

El motor del Chevrolet.

Richard Butler acababa de accionar el contacto.

La puerta del almacén había subido lo suficiente.

El ruido del motor hizo que Horton y sus hombres se volviesen hacia la puerta.

—¡Son el médico y la chica! —Ladró Buck.

—¡Se escapan en nuestro coche! —gritó Dino.

—¡Hay que detenerlos! —chilló Rudy.

—¡Sacad vuestras armas, estúpidos! —Relinchó Francis Horton, predicando con el ejemplo.

Tenía una Súper-Star, y la extrajo con gran rapidez.

Buck empuñó su Mágnum.

Y Dino una Smith y Wesson.

—¡Dame la Luger de la chica, Buck! ¡El médico me arrebató la *Parabellum*! —informó Rudy.

—¡Toma, imbécil! —barbotó Buck, entregándole el arma de Deborah.

Horton y Dino ya estaban disparando contra las ruedas delanteras del Chevrolet.

Buck y Rudy hicieron lo propio.

Los cuatro corrían hacia la puerta.

El Chevrolet, ya se había puesto en movimiento, marcha atrás.

Deborah Carson sacó la *Parabellum* de Rudy por la ventanilla y respondió al fuego de los tipos.

Su buena puntería se puso de manifiesto en seguida.

Dino lanzó un aullido y se derrumbó, con un agujero en el pecho, por el que escapaba la sangre en cantidad.

Al ver caer a su compañero, Buck y Rudy se pegaron a las cajas, buscando su protección. También Francis se puso momentáneamente a cubierto, para no verse alcanzado por los disparos que efectuaba Deborah Carson.

El Chevrolet salió del almacén, con las ruedas delanteras milagrosamente intactas.

Richard Butler realizó un brusco viraje, para poder enfilar la calle.

—¡A ellos, rápido! —rugió Francis Horton—. ¡Se nos escapan!

Buck y Rudy corrieron hacia la puerta, que de nuevo estaba bajando.

Richard había accionado el mando de control remoto, antes de hacer que el Chevrolet se disparara.

Horton corrió también hacia la puerta.

Buck y Rudy lograron alcanzarla antes de que se cercase totalmente.

Se echaron al suelo y pasaron por el hueco.

Vieron el Chevrolet.

Pero estaba ya muy lejos.

No obstante, dispararon sobre sus ruedas traseras.

No pudieron dar en el blanco.

La distancia era demasiada.

Buck y Rudy, rabiosos, se pusieron en pie.

La puerta del almacén estaba elevándose de nuevo.

Francis Horton había accionado el resorte que ponía en marcha el mecanismo.

Cuando pudo pasar por el hueco y salir a la calle, con su Smith y Wesson en la diestra, el Chevrolet se había perdido de vista.

—¡Han huido, jefe! —exclamó Buck.

—¡Ya lo veo, estúpidos! ¡Tenemos que perseguirlos!

—¡Se llevaron nuestro coche, jefe! —recordó Rudy.

—¡Robaremos uno! ¡Vamos, de prisa!

Tuvieron suerte, y encontraron pronto un coche que tenía las llaves puestas. Se trataba de un Buick marrón.

Buck y Rudy subieron delante, y Francis Horton se metió detrás.

—¡Rápido, Buck! —gritó Horton—. ¡Tenemos que alcanzarlos!

—Lo intentaremos, jefe.

Buck puso el vehículo en movimiento.

El Buick alcanzó pronto una velocidad de vértigo.

—¡Que nos la pegamos, Buck! —Galleó Rudy, asustado.

—¡Soy un buen conductor, Rudy!

—¡Sigue así, Buck! —ordenó Horton—. ¡No reduzcas la velocidad y pronto les daremos alcance!

—¡Seguro, jefe!

—No quiero verlo, no quiero verlo... —gimió Rudy, y cerró el ojo derecho.

El otro no hizo falta, porque continuaba así.

El Buick siguió circulando a toda pastilla.

No tardó en dar alcance al Chevrolet.

Lógico, porque el vehículo negro se había detenido.

Richard Butler y Deborah Carson ya no estaban en él.

Lo habían dejado abandonado y habían tomado un taxi, para poder despistar más fácilmente a Francis Horton y sus matones, pues sospechaban que éstos les perseguirían en otro vehículo.

Horton sufrió un ataque de rabia y la emprendió a pescozones con Rudy.

El matón se protegió la cabeza.

—¿Por qué me sacude, jefe...?

—¡Tú tienes la tulpita de todo, pedazo de inútil! ¡Te dejaste sorprender por ese maldito doctor!

Buck intervino:

—No pierda la calma, jefe. Atraparemos al doctor Butler. Y será esta misma noche.

—¿Cómo vamos a atraparlo, si no sabemos dónde vive?

—Lo averiguaremos, jefe. Cueste lo que cueste.

CAPÍTULO XI

El taxi se detuvo en la calle y en el número indicados por Richard Butler al conductor. Tras abonar el importe del servicio, el médico y Deborah Carson se apearon y se introdujeron en el portal.

—¿Vive usted aquí, doctor Butler? —preguntó la rubia.

—Sí, en la tercera planta. El apartamento

I2-B

es el mío.

—No creo que estemos muy seguros en él. Horton y sus hombres sospecharán que me ha traído usted a su casa, para atenderme debidamente, y tratarán por todos los medios de averiguar dónde vive.

—No lo conseguirán, puedes estar tranquila.

—¿Cómo lo sabe?

—Todavía no hace un mes que me cambié a este apartamento. Nadie, excepto Evelyn Lenox, mi enfermera, sabe que ahora vivo aquí. Mi nuevo domicilio no figura aún en ningún sitio.

—Bueno, eso cambia las cosas —sonrió Deborah, menos preocupada.

—Subamos —sonrió también Richard, y la ayudó a entrar en el ascensor.

Poco después, penetraban en el apartamento del médico.

Un apartamento espacioso y moderno, dotado de las máximas comodidades.

—Qué apartamento tan precioso... —elogió Deborah, observándolo todo.

—Me alegro de que te guste.

—Es una maravilla, de verdad.

—Tú también, Deborah.

La rubia se quedó mirándolo.

—¿En qué estaba pensando, cuando me dijo eso, doctor Butler?

—En nada. ¿Por qué?

—Sonó como si quisiera llevarme a la cama.

—Y voy a llevarte. Pero no para hacerte el amor, sino para curarte los golpes y las quemaduras.

—Qué desilusión.

—No seas descarada.

—No soy descarada, soy sincera.

—¿De verdad te gustaría hacer el amor conmigo?

—Me encantaría.

—No estás en condiciones.

—Desgraciadamente, así es. Pero espero recuperarme pronto, y entonces...

—No tengo más remedio que llamarte descarada de nuevo.

Deborah Carson rió.

—No está acostumbrado a que le hagan proposiciones, ¿eh?

—De ese tipo, no.

—Bueno, no crea que yo se las hago a todo el mundo, doctor Butler. En realidad, es la primera vez que le sugiero a un hombre que se meta en la cama conmigo.

—Me siento muy honrado.

—¿No me cree, doctor?

—Sí, creo que eres sincera al decir eso.

—Me gusta usted, doctor Butler. Me gusta mucho. Y le debo tanto...

Richard le acarició dulcemente el rostro.

—Tú a mí también me gustas mucho, Deborah. Y 110 me debes nada.

—La vida. ¿Le parece poco?

—No, claro que no. Pero no quiero que te sientas en deuda conmigo, Deborah. Si me das un beso, que sea porque lo desees, no porque quieras agradecerme que te haya arrancado de las garras de Horton y sus gorilas. Y, si llegamos a hacer el amor, que sea por lo mismo. ¿De acuerdo?

—Puede estar tranquilo, doctor Butler. Yo nunca me entregaría a un hombre por agradecimiento.

—Te creo, Deborah —repuso Richard, y la besó.

Después, la llevó a su dormitorio.

Richard retiró la sábana y sentó a Deborah en la cama, amplia y mullida.

—No parece una cama de soltero... —observó ella.

—¿Por lo grande?

—Sí.

—Bueno, así me servirá para cuando me case.

—¿Y cuándo será eso?

—No tengo ni idea.

—No le corre ninguna prisa, ¿eh?

—Bueno, la verdad es que me convendría estar casado, porque un hombre tan ocupado como yo, no tiene tiempo de ocuparse de sí mismo. La comida, el aseo de la casa, la ropa... Si estuviera casado, mi esposa se ocuparía de todo eso.

—¡Pues cásele, hombre!

—Quiero hacerlo, créeme. El problema es que no me queda tiempo para buscar esposa. Y tampoco es cosa de proponerle matrimonio a la primera mujer con la que uno se tropiece...

—¿Por qué no? Si le gusta lo suficiente...

—Muy bien, voy a seguir tu consejo. ¿Quieres casarte conmigo, Deborah?

La rubia respingó sobre la cama.

—¿Cómo ha dicho, doctor?

—Acabo de proponerte que te cases conmigo, Deborah. ¿Aceptas?

—Quiere tomarme el pelo, ¿verdad?

—No, estoy hablando muy en serio.

—Pero, si usted no sabe nada sobre mí...

—Dentro de unos minutos lo sabré todo. Me lo prometiste, ¿recuerdas?

—Puede que no le guste lo que le cuente.

—Estoy seguro de que no eres una mala persona, Deborah.

—Me vio usted matar a un hombre.

—Puede que no haya muerto. En cualquier caso, disparaste en defensa propia. Esos tipos te habían torturado. Creo que los cuatro merecen la muerte, por canallas y desalmados.

—Agradezco mucho sus palabras, doctor Butler, pero... —No quieres casarte conmigo, ¿verdad?

—No puedo, que es muy distinto.

—¿Qué te lo impide?

—Mi profesión.

—¿Cuál es?

Deborah Carson, tras unos segundos de vacilación, confesó:

—Soy miembro del Servicio Secreto.

* * *

Los ojos de Richard Butler se agrandaron, a causa de la sorpresa.

—Eres un agente secreto... —musitó.

—Una agente, puesto que soy mujer —corrigió Deborah Carson, con una sonrisa.

—¿De qué país?

—Del nuestro, naturalmente.

—¡Oh, entonces eres de los buenos! —se alegró Richard.

Deborah rió.

—Todos los agentes secretos somos buenos y malos, depende de quién nos juzgue. Para usted soy buena, porque es norteamericano. Pero, si se lo preguntara a un ruso, por ejemplo...

—Horton y sus hombres son rusos.

—No, también son norteamericanos. Pero son unos malos norteamericanos. Sólo les importa el dinero, y se venden al mejor postor, sea del país que sea. En este caso concreto, trabajan para un país oriental. No sabemos exactamente cuál, aunque esperamos averiguarlo. Un emisario de ese país encargó a Francis Horton el robo de la fórmula

KG-202.

—¿Fórmula qué...? —Parpadeó Richard.

—KG-202.

—¿Y para qué sirve...?

—Con ella se puede fabricar el más terrible de los explosivos. Ríase usted de la nitroglicerina, doctor.

—No tengo ganas de reírme.

—Lo comprendo perfectamente —sonrió la agente del Servicio Secreto.

—¿Consiguieron Horton y sus hombres robar la fórmula KG-202?

—Sí, dos tipos enviados por Horton lograron infiltrarse en el laboratorio, disfrazados, y robaron la fórmula. Pero de nada les sirvió, porque antes de que pudieran reunirse con Horton, otro agente secreto y yo intervinimos y recuperamos la fórmula. En el tiroteo, murieron los dos hombres de Horton. Por desgracia, también mi compañero perdió la vida.

—Lo siento mucho, Deborah.

—Gracias. El resto, ya lo sabe usted, doctor Butler. Yo tenía la fórmula

KG-202,

pero Horton y sus hombres me pisaban los talones. Ante el temor de que me atraparan, como desgraciadamente sucedió, escondí la fórmula en un lugar seguro. Y allí sigue, esperando que yo vuelva por ella.

—Ahora lo entiendo todo.

—Bien. ¿Y qué opina de mí, doctor...?

—Mi proposición de matrimonio sigue en pie.

—No puedo creerlo. ¿De verdad se casaría usted conmigo, sabiendo que soy un agente del Servicio Secreto norteamericano...?

—Mañana mismo. Pero tendrías que dejar de serlo, claro.

—Es mucho más fácil entrar en el Servicio Secreto que abandonarlo, doctor —suspiró la agente, con cierta tristeza.

—Que no sea fácil, no quiere decir que sea imposible.

—Poco menos que eso. Los agentes secretos sabemos muchas cosas, doctor Butler, y nuestros jefes temen que...

—Si les dices que abandonas el servicio para casarte, formar un hogar y tener un montón de hijos, tus jefes lo comprenderán y no te lo impedirán.

—¿Está usted en contra de la píldora, doctor?

—¿Por qué dices eso?

—Por lo del montón de hijos...

Richard rió.

—Me gustan los niños, Deborah. Y quiero que mi mujer tenga muchos.

—A mí también me gustan, doctor.

—Cásate conmigo y los tendremos juntos. Bueno, los tendrás tú, claro. Pero yo prometo colaborar activamente para que los tengas. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

Ahora fue Deborah quien rió.

—Por supuesto que sí, doctor. Y me está poniendo unos dientes más largos...

—Piénsalo bien, mientras te curo las heridas. Cuando acabe, quiero una respuesta.

—No sé si podré dársela.

—Te la exigiré, te lo advierto.

—De acuerdo, procuraré tenerla.

—Te ayudaré a quitarte la ropa.

—Gracias, doctor.

—¿Por qué no me llamas Richard?

—Sí lo prefiere...

—Sí, lo prefiero. Y también quiero que me tutees.

—Muy bien.

Deborah Carson ya estaba en pantaloncitos y sujetador.

Richard Butler abrió su maletín e inició la cura.

Primeramente, limpió cuidadosamente las quemaduras que la agente tenía en los hombros, en el vientre y en los muslos. Todavía tenían restos de ceniza adheridos a ella.

Deborah se quejó, aunque no demasiado.

Limpias ya las quemaduras, Richard las cubrió con un ungüento especial, que mitigó notablemente el dolor. Luego, colocó sendas gasas, que sujetó con tiras de esparadrapo.

—Esto ya está, Deborah. Ahora, con tu permiso, te quitaré el sujetador y te aplicaré un linimento que aliviará el dolor que sientes en tus senos. Me autorizas, ¿verdad?

—Claro. Primero, porque eres médico. Y, segundo, porque te adoro.

—Y yo a ti —sonrió Richard, y la besó.

Después despojó a Deborah del sujetador y atendió sus senos con la máxima delicadeza. Aun así, la rubia no pudo reprimir un par de gemidos de dolor.

—Tranquila, ya termino.

—Dino y Rudy apretaron fuerte, Richard.

—Sí, las marcas que sus dedos dejaron lo demuestran claramente —masculló el médico.

—Afean mucho mis pechos.

—Pronto desaparecerán, no te preocupes: Tus pechos volverán a

ser preciosos —aseguró Richard, y depositó un suave beso en cada uno de ellos, en su misma cima.

Deborah se estremeció dulcemente.

Después, sus brazos se alzaron y rodearon amorosamente el cuello del médico.

—Bésame, Richard.

El doctor Butler se apresuró a complacerla.

CAPÍTULO XII

Tras recuperar su Chevrolet, Francis Horton, Buck y Rudy se dirigieron al consultorio del doctor Butler, con la esperanza de averiguar allí el domicilio del médico.

Lo primero que hicieron, fue revisar el Dodge azul de Richard Butler, Perdieron el tiempo, porque no encontraron nada que les indicara dónde vivía el médico.

Después, subieron al consultorio.

Buck recurrió de nuevo a la ganzúa, logrando abrir la puerta en sólo unos segundos. Penetraron los tres en el consultorio, esgrimiendo sus armas.

Una precaución innecesaria, porque no había nadie en él.

Francis Horton cerró la puerta e indicó:

—Rudy, busca tú en esa mesa y en ese archivador —señaló el lugar de trabajo de Evelyn Lenox, la enfermera del doctor Butler—. Buck y yo buscaremos en el despacho del médico. Vamos, Buck.

—Sí, jefe.

Rudy fue hacia la mesa de la enfermera, mientras Horton y Buck se encaminaban hacia el despacho médico.

Empezaron los tres a revolverlo todo.

Algunos minutos después, Rudy entraba en el despacho, con algo en las manos.

—Mire lo que he encontrado, jefe.

—¿Qué es eso?

—Una libreta de ahorro. Pertenece a una tal Evelyn Lenox. Debe de ser la enfermera del doctor Butler. Hay una imposición de cincuenta dólares con fecha de hoy. La chica debió de pasarse por el Banco esta mañana, antes de venir al consultorio, e hizo el ingreso. Tal vez, por olvido, dejó la libreta en el cajón superior de su mesa.

—¿Figura el domicilio de la chica, en esa cartilla?

—Sí, jefe —asintió Rudy—. Por eso me alegré de encontrarla. Podemos ir en busca de Evelyn Lenox. Y, si realmente se trata de la enfermera del doctor Butler, ella nos dirá dónde vive. Por fuerza tiene que saberlo.

—¡Seguro! —exclamó Buck.

Francis Horton esbozó una fría sonrisa.

—De acuerdo, vamos por la chica —dijo, y él y sus hombres abandonaron rápidamente el consultorio de Richard Butler.

* * *

Evelyn Lenox vivía en un pequeño apartamento de alquiler.

Se encontraba en él, pero no estaba sola.

Tom, su novio, estaba con ella.

La besaba.

La acariciaba.

Oprimía sus tentadoras formas de mujer, cada vez con mayor avidez.

Evelyn protestaba y trataba de frenarle, aunque no con demasiada

energía' porque

en el fondo le complacía y la halagaba que su novio se mostrara tan fogoso.

Tom era un tipo alto y fuerte, de veinticinco años de edad, pelo rubio y cara simpática. Vestía unos vaqueros azules y una camiseta amarilla, de algodón. Calzaba zapatillas de deporte.

Se encontraban en el *living*, sentados en el sofá.

Bueno, casi acostados, ya.

Tom empujaba.

Evelyn no quería quedar tumbada en el sofá, pero no podía vencer el ímpetu de su novio.

—Tom, por favor... —protestó por enésima vez, pero con la acostumbrada falta de energía.

—Tranquila, que no pasa nada.

—Pero pasará, si yo no te freno.

—No me hables así, o sentiré complejo de caballo.

—Apártate de encima de mí, te lo suplico.

—¿Apartarme, con lo cómodo que me encuentro?

—No soy un colchón, Tom.

—Pero eres mi novia.

—¿Y qué?

—Pues, que los novios, ya se sabe.

—Yo no sé nada.

—Entonces, calla y aprende.

—Si lo llego a saber, no te dejo subir.

—No digas tonterías, nena. Tú sabes que te quiero.

—Llevar a la cama.

—No es necesario, nos podemos apañar en el sofá.

—Tienes más cara que un piano de cola.

Tom rió.

—Eso ha tenido gracia.

—Seguro que no te la hará, cuando te dé el puñetazo en la boca y te salte un par de teclas.

—¿Por qué ibas a hacer tú una cosa así?

—Porque quieres violarme.

—Hacerte el amor, Evelyn.

—¿Y no es lo mismo?

—No, cariño. Hay una gran diferencia.

—Pues yo no la veo.

—Porque sólo tienes ojos para mí.

—Vanidoso.

—Tía buena.

—Tío basto.

Tom se echó a reír.

Evelyn quiso mantenerse seria, fingiendo enfado, pero acabó contagiándose de la risa de su novio.

Tom le acarició el pelo.

—Te amo, Evelyn.

—Y yo a ti, Tom.

—Lo sé. Por eso me extraña que no me dejes que te haga el amor.

—Tengo miedo, Tom.

—¿De qué?

—De que me tomes por una chica fácil y me dejes. —No digas estupideces. De sobra sé la clase de chica que eres. Una chica

estupenda. Por eso te quiero tanto. Y por eso deseo casarme contigo. Y me casaré, tanto si me dejas hacerte el amor esta noche, como si me obligas a esperar hasta nuestra noche de bodas. El rostro de Evelyn resplandeció como una estrella—. ¿Lo dices en serio, Tom?

—Sí, nena. He conocido muchas chicas, pero como tú, ninguna. Y no pienso dejarte escapar.

—Ni yo a ti, Tom.

—¿Todavía quieres que me aparte, Evelyn?

—No, Tom. Puedes hacerme tuya. Lo deseo tanto como tú.

—Oh, Evelyn, cariño...

—Tom, vida mía...

Se besaron y se abrazaron, con más ganas que nunca.

Algunos segundos después, apenas diez o quince, el timbre del apartamento se dejó oír.

Tom, extrañado, levantó la cabeza y miró a su novia.

—Están llamando, Evelyn...

—Sí, ya lo oigo.

—¿Quién puede ser, a estas horas?

—Ni idea, Tom. Apártate, e iré a ver.

—¿Quieres que abra yo?

—No, prefiero hacerlo yo.

—Sea quien sea, no ha podido ser más inoportuno —rezongó Tom, irguiéndose de mala gana.

Evelyn se levantó del sofá y dio un cariñoso beso a su novio.

—Lo siento tanto como tú, Tom. Pero no te preocupes, sólo será un minuto.

—Eso espero —sonrió él.

Evelyn, para demostrar que estaba deseando volver junto a su novio, se pegó una carrerita hacia la puerta y abrió.

Vio a tres hombres.

Y uno de ellos tenía el ojo zurdo negro y cerrado.

Sí, eran Francis Horton, Buck y Rudy.

El primero, preguntó:

—¿Evelyn Lenox...?

—Sí, yo soy —respondió la joven.

—¿La enfermera del doctor Butler...?

—Así es.

—Estupendo —se alegró Horton, y penetró en el apartamento, seguido de Buck y Rudy.

Evelyn se vio obligada a retroceder.

Y lo hizo asustada.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que quieren?

—Tenemos una cuenta pendiente con el doctor Butler, y nos urge saldarla —respondió Horton.

—Dinos dónde vive, preciosa —ordenó Buck.

—Sí, queremos hacerle una visita —añadió Rudy, tocándose el ojo lastimado.

—¡Tom! —gritó Evelyn, y echó a correr.

—¡Cogedla! —ordenó Horton.

Buck y Rudy se lanzaron tras la enfermera.

Tom había brincado del sofá, al oír gritar a su novia.

Evelyn se abrazó a él.

—¡Protégeme, Tom!

—¿Qué sucede, Evelyn?

La enfermera no tuvo tiempo de contestar.

Buck y Rudy ya habían aparecido.

Y Francis Horton apareció tras ellos, con su Smith y Wesson en la diestra.

Tom se colocó delante de Evelyn, protegiéndola con su cuerpo.

—¿Qué significa esto? —exclamó.

—¿Quién eres tú, rubio? —interrogó Buck.

—El novio de Evelyn.

—Pues si no quieres que le estropeemos la cara a tu linda novia, convéncela para que nos diga dónde vive el doctor Butler.

—¿Por qué quieren saberlo?

—Eso es cosa nuestra, pollo —respondió Horton.

Tom miró a su novia por encima del hombro.

—Evelyn...

Ella, pálida, movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Tom, no se lo diré. Quieren hacerle daño al doctor Butler. No les diré dónde vive.

—¿Qué te apuestas a que sí? —sonrió Francis Horton. Y, seguidamente, indicó—: Hacedla hablar, muchachos.

CAPÍTULO XIII

Buck y Rudy avanzaron, con gesto siniestro.

Tom, pese a que Francis Horton le estaba apuntando con su pistola, intentó frenar a la pareja de matones, demostrando que tenía lo que los hombres deben tener.

Le propinó un puñetazo a Rudy.

El chato estuvo a punto de perder el equilibrio.

Tom se dispuso a soltar de nuevo su puño, buscando ahora la cara de Buck, pero éste se le anticipó y le asestó un tremendo derechazo, derribándolo.

Evelyn Lenox dio un grito.

Tom hizo ademán de levantarse, pero Buck le atizó un patadón en el pecho. Casi al mismo tiempo, Rudy disparaba también su pierna y golpeaba los riñones del novio de Evelyn.

El joven bramó de dolor y se retorció en el suelo.

Evelyn atacó a los gorilas.

—¡No le golpeen más, miserables!

Rudy la sujetó con fuerza.

—¡Esconde tus uñas, gatita!

—¡Suélteme!

—No, Rudy, no la sueltes —sonrió Buck, y sacó un encendedor de gas—. Voy a calentarle un poco su bonita cara —añadió, accionando el encendedor.

—Excelente idea, Buck —aprobó Francis Horton, que no dejaba de encañonar al novio de la enfermera con su Smith y Wesson.

Intentó desesperadamente librarse de Rudy, pero no lo consiguió.

Buck le aproximó la llama al rostro.

Tom intentó levantarse, pero el dolor se lo impidió.

—¡Diles dónde vive el doctor Butler, Evelyn! —gritó—. ¡Díselo o te abrasarán la cara!

La enfermera vaciló, pero cuando la llama del encendedor estuvo tan cerca de su rostro que percibió su calor en la barbilla, chilló:

—¡Está bien, se lo diré!

Francis Horton sonrió.

—Una chica sensata, esta Evelyn.

* * *

Deborah Carson se había quedado dormida.

Richard Butler la cubrió con la sábana, le dio un tierno beso en la frente, y salió de la habitación. Se dirigió a la cocina, en mangas de camisa y con el nudo de la corbata aflojado. Su chaqueta descansaba sobre una silla, junto con su maletín.

La ropa de Deborah la había puesto en otra silla, aunque no así su bolso. La agente de Servicio Secreto quería tenerlo sobre la mesilla de noche, al alcance de su mano, por si se veía precisada a recurrir a la *Parabellum* que guardaba en él.

Richard le repitió que en su apartamento no corría ningún peligro, pero Deborah no estaba totalmente segura de eso.

Y, muy pronto, los hechos iban a darle la razón.

Richard ya estaba en la cocina.

Tenía hambre, y quería saciarla.

Se preparó un emparedado de jamón y otro de queso.

Después, tomó una lata de cerveza del frigorífico y la abrió.

Con todo ello en las manos, salió de la cocina y se dirigió al *living*, en donde se sentó, dispuesto a dar buena cuenta de los emparedados.

Se había zampado ya el de jamón, cuando vio aparecer a Francis Horton, Buck y Rudy, esgrimiendo sus automáticas.

Buck, con su ganzúa, había abierto la puerta del apartamento sin causar ningún ruido, y el médico no los oyó entrar.

Ahora, ya era tarde para intentar nada.

Los tipos le apuntaban con sus armas.

Richard ni siquiera se movió.

Francis Horton sonrió y dijo:

—Buenas noches, doctor Butler.

—¿Cómo han dado conmigo? —murmuró Richard.

—Su enfermera nos dijo dónde vivía.

El médico respingó.

—¿Evelyn...?

—Sí.

—¿Cómo pudieron dar con ella?

Horton se lo explicó en pocas palabras.

—¿Le hicieron algún daño? —preguntó Richard, con voz ronca.

—No, tranquilícese. La chica y su novio están bien. Bueno, él no tanto. Se hizo el valiente y tuvimos que bajarle los humos. Pero sólo fueron unos golpes. Los dejamos a los dos atados y amordazados.

Richard guardó silencio.

—¿Cómo dio usted con nosotros, doctor? —preguntó Horton.

Richard se lo dijo.

—Muy ingenioso —sonrió Horton—. Pero de poco le sirvió, porque de nuevo hemos atrapado a la chica.

—¿Dónde?

—Aquí, naturalmente.

—Se equivocan. Ella no está aquí. Quise traerla a mi apartamento, para curarle los golpes y las quemaduras, pero se negó. Tenía mucha prisa.

Francis Horton rió.

—Está mintiendo, doctor Butler. La chica no se encuentra en condiciones de ir a ningún sitio. La trajo usted aquí, la atendió, y la acostó en su cama. ¿Nos apostamos algo...?

Richard maldijo para sus adentros, pero no respondió.

De nada serviría seguir negando que Deborah estuviese con él.

Los tipos mirarían en el dormitorio y descubrirían a la agente, acostada en su cama, profundamente dormida.

Y, después...

Richard tuvo un estremecimiento, sólo de pensarlo.

Francis Horton indicó:

—Id por la chica, muchachos. Yo vigilaré al médico.

Buck y Rudy fueron en busca de Deborah.

Richard hizo ademán de levantarse, pero Horton advirtió:

—No se mueva, doctor, o no vivirá para contarlo.

Richard no tuvo más remedio que obedecer.

No podía saltar sobre Horton.

Éste se mantenía prudentemente distanciado.

Le alojaría un par de plomos en el pecho, antes de que pudiese caer sobre él y arrebatarse el arma.

Buck y Rudy dieron pronto con el dormitorio del médico.

Vieron a Deborah Carson, acostada en la cama, la cabeza ladeada, los ojos cerrados, los labios ligeramente entreabiertos...

Todo hacía suponer que estaba plácidamente dormida.

Buck y Rudy no tuvieron ninguna duda al respecto, y penetraron en la habitación.

Fue un error.

Y lo pagaron muy caro.

Con la vida.

Sí, porque Deborah Carson se había despertado al oír voces, había tomado la *Parabellum*, y la había escondido bajo la sábana.

Y así, sin mostrarla, la hizo funcionar.

Las balas agujerearon la sábana y se incrustaron en los cuerpos de Buck y Rudy.

Los matones emitieron sendos alaridos de muerte y se vinieron abajo.

Francis Horton respingó y volvió la cabeza, al escuchar los gritos de sus hombres.

Richard Butler aprovechó la circunstancia para brincar del sofá y caer como una fiera sobre Horton, al que derribó.

Horton no perdió la pistola, pero tampoco pudo utilizarla, porque el médico le aferró el brazo.

Los dos hombres lucharon tenazmente, el uno por conservar el arma y el otro por apoderarse de ella.

Deborah Carson saltó de la cama y corrió en ayuda de Richard Butler, sin más prenda encima que el breve pantaloncito de nylon.

Cuando salió de la habitación, vio que Francis Horton propinaba un cabezazo al médico en el rostro, consiguiendo así librarse de él.

—¡Horton! —gritó Deborah.

Francis volvió velozmente su Smith Wesson hacia la agente del Servicio Secreto, pero Deborah Carson apretó antes el gatillo de la *Parabellum*.

La bala se incrustó en la frente de Francis Horton, acabando con su vida de forma instantánea.

EPÍLOGO

Richard Butler se incorporó, sangrando por la nariz y se acercó a Deborah Carson.

—¿Estás bien, Deborah?

—Sí. ¿Y tú, Richard?

—Sólo este golpe en el tabique nasal.

La agente se refugió en los brazos del médico.

—Ya acabó todo, Richard. Horton y sus hombres no nos molestarán más.

—¿Qué vamos a hacer con sus cadáveres? Según tú, la policía no debe intervenir en esto.

—Déjalo de mi cuenta. Haré una llamada a cierta persona y ella se encargará de que sean retirados los tres cadáveres, sin que nos hagan pregunta alguna.

—Bien. Ahora, tengo que ocuparme de mi enfermera y su novio. Horton y sus hombres...

—Lo oí, Richard. No te preocupes tampoco por ellos. La persona a la que voy a llamar se encargará también de que los desaten y les quiten las mordazas.

—¿De veras?

—Sí, tranquilízate.

—Debe tratarse de una persona muy importante, ¿verdad?

—Ya lo creo.

—Muy bien. Ahora vuelve a la cama, Deborah. Todavía estás débil. Puedes utilizar el teléfono del dormitorio.

—Sí, haré la llamada desde tu habitación. Pero, antes, quiero confesarte una cosa, Richard.

—¿El qué?

—No fui del todo sincera contigo, ¿sabes?

—¿Ah, no?

—Cuando llamé a tu consultorio, llevaba la fórmula

KG-202

en mi bolso.

—¿De veras...?

—Sí.

—¿Y qué hiciste con ella?

—La dejé escondida en tu despacho, mientras tú te ponías tu bata de médico, de espaldas a mí. Y allí sigue.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Bueno, no estaba muy segura de que Horton y sus hombres no nos atrapasen, y temí que...

—Lo entiendo, Deborah.

—¿Me perdonas?

—Claro. ¿Cómo no voy a perdonar a la mujer que muy pronto va a convertirse en mi esposa y en la madre de mis hijos?

—Suponiendo que mis jefes me autoricen a abandonar el Servicio Secreto...

—Lo harán, no lo dudes —sonrió Richard, y la besó largamente, al tiempo que la estrechaba contra sí, pero con suavidad, porque no olvidaba que a Deborah le seguía doliendo sus maltratados senos.

Tan sólo una semana después, Richard Butler y Deborah Carson contraían matrimonio.

Deborah ya no pertenecía al Servicio Secreto.

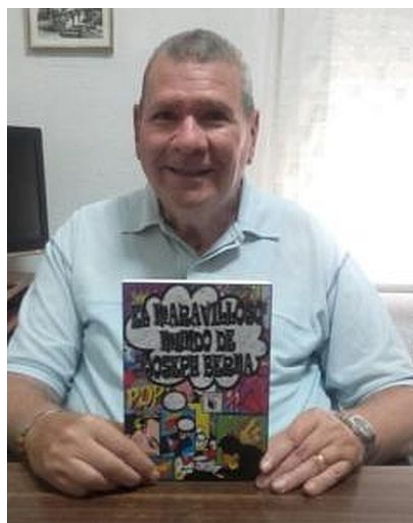
Sus jefes, como premio por haber recuperado la fórmula

KG-202,

soportando heroicamente golpes y quemaduras, accedieron a prescindir de sus servicios.

Era lo menos que podían hacer.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».